ROUTE, hebdomadaire
de la F.I.J.L. en France

Année VII — Prix 12 francs — N° 286
18 MARZO 1951

Rédaction et Administration
4, rue Belfort, 4 — TOULOUSE (Haute-Garonne)

Giros a Pablo Benaiges
C.C. Postal N· 1328-79 Toulouse (Hte-Gne)

RUTA
órgano de la F.I.J.L. en Francia

CEDOC FONS A. VILADOT

Los hombres de nacionalidad distinta y de sentimientos y aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantescos: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces y entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo y lo más elevado.

¡MASSANA en libertad!

DIA de rabia será éste para los esbirros de Franco. Creían que iban a poder cometer un nuevo crimen, y han fracasado. Marcelino Massana, a pesar de todos los esfuerzos que el falangismo ha realizado para obtener su extradición, ha sido puesto en libertad.

Massana, resistente desde que el fascismo cerró su garra sobre España, ha sido siempre una presa ambicionada por el falangismo. Su popularidad entre los trabajadores españoles, sus gestas y sus actos siempre preñados de nobleza, exacerbaron los instintos homicidas del fascismo.

El nombre de Massana corrió como reguero de pólvora por España. Su popularidad crecía. Y crecía también la rabia del falangismo.

Las gentes honradas veían en Massana el símbolo de una lucha sin cuartel librada contra la opresión, contra el fascismo. Y en los pueblecitos del Alto Llobregat, en aquellos mismos pueblos en donde tantos crímenes han cometido los falangistas, Massana encontraba siempre un techo bajo el que albergarse y un trozo de pan para recuperar sus fuerzas.

¿No era él uno de los hombres que llevaban auxilio a los presos sociales? ¿No formaba parte de la élite humana que expone su vida por mitigar el dolor que en España siembra el fascismo? ¿No era un hálito de esperanza la propaganda que introducía en España? Sí. Y puesto que así era, ¿cómo no iba a obtener la admiración y el apoyo de nuestro Pueblo? ¿Cómo el fascismo podía dejar de odiarlo a muerte?

Massana era uno de los hombres que, guiado por un preclaro sentimiento de libertad, desarrollaba una actividad resistente. Pero la Resistencia y el bandolerismo nada tienen de común. Franco no quiere creerlo así. Franco se obstina en cargar sobre las espaldas de la Resistencia los crímenes que acaso sean obra de sus serviles lacayos. Y una vez más, maestro en el arte de las más perversas maquinaciones, buscó un procedimiento «especial» para terminar con el hombre que simboliza en la mente popular el espíritu de la Resistencia revolucionaria: pidió a las autoridades francesas que concedieran la extradición de Marcelino Massana, acusándole de no sabemos cuántos crímenes.

Cierta Prensa del país que nos cobija, hambrienta de sensacionalismo por lo menos, amiga del dictador por lo que sea, secundó la maniobra del franquismo, y a grandes titulares anunció la detención de un hombre honrado, presentándolo ante la opinión como a un bandido.

El fascismo debió regocijarse, afilar sus cuchillos, prepararse a sesinar impunemente al hombre que tantas veces lo había desafiado... Y el Tribunal competente de Toulouse, a pesar de la presión franquista, a pesar de las campañas de Prensa, ¡ha declarado la inocencia de Marcelino Massana y lo ha puesto en libertad!

Día de rabia debe ser éste para el falangismo. Día de luto, puesto que una vez más se les escapa de las manos una víctima inocente.

Y para nosotros es un día de satisfacción, de alegría inmensa, porque el peligro que amenazaba a nuestro compañero ha desaparecido.

El franquismo prepara nuevos ataques, nuevas cobardías, nuevas maquinaciones, ¡qué duda cabe! Pero, ¿qué importa, puesto que sabemos que su propia ponzoña lo mata?

Todavía existen injusticias que reparar. Todavía quedan problemas por dilucidar. Todavía hay compañeros a los que reivindicar.

Nuestra actitud seguirá siendo la misma, la que corresponde a nuestra idiosincrasia libertaria, la que nos traza la RAZON que nos guía en la lucha contra el fascismo.

Sin estridencias ni puerilidades, con la firme convicción de que nuestra propia historia nos preserva del lodo con que el fascismo quiere macularnos, seguiremos adelante por los caminos de la liberación de España.

EL CAPITALISMO y el FASCISMO
fueron siempre hermanos

SERA necesario que todo el mundo convenga en que la orientación dada a su política internacional por las democracias, es producto de un plan largamente meditado por los dueños y señores del mundo occidentalista.

El reconocimiento del Estado fascista como régimen legal de España no es producto de lo imprevisto, sino que, por el contrario, es el fruto, amargo pero lógico, de una línea de conducta que el capitalismo internacional no ha dejado nunca de seguir.

Todo lo que en materia de política internacional acaece en la actualidad, estaba previsto. Como está previsto lo que acaecerá dentro de otro lapso de tiempo, si las cosas le salen tan bien como hasta el presente, a la aristocracia del dólar.

El arte de engañar a los pueblos exige de los gobernantes poses equívocas, de las que inducen a error y de las que sirven para ocultar las más innobles intenciones. La cautela es una de las ventajas con que acostumbran a envolver sus actos los jefes y jefecillos de Estado. Y en esta ocasión, cautelosa y vilmente, la seudo-democracia yanqui ha salvado de la muerte al monstruo fascista.

De haberse precipitado ciertos Estados y de haber puesto al descubierto su juego a destiempo, posiblemente hubiera abortado la maquinación perpetrada contra el pueblo español. Pero en ese caso hubiéramos tenido que reconocer que el capitalismo, en ciertos instantes, defendía sus intereses sin preocuparse de lo que tal hecho pudiere acarrear. Y no, el capitalismo sabe calcular como el más astuto de los padres jesuitas.

No ha habido manera de que las gentes vieran lo que con tanto empeño ocultaban los Estados; no ha sido posible que las gentes abrieran los ojos, porque obstinadamente querían mantenerlos cerrados. Y aquí tenemos el resultado de la ceguera voluntaria de los pueblos: la opresión.

Producía pena oír, de labios de ciertos hombres, que el «sumo pontífice» de los EE. UU. estaba presto a licenciar al «caudillo». Producía pena y risa al mismo tiempo, porque era grotesco que hubiera quien acariciase esa idea. Y había quien argumentaba hablando de *intereses*, como si la libertad de un pueblo pudiese tener interés para los promotores de la moderna esclavitud. Jamás—y la lección merece ser aprendida—los sumos pontífices del Estado licencian a los «caudillos» que se conforman con esclavizar a los pueblos. Y si alguna vez los colocan de lado, o se enfrentan con ellos, es invariablemente porque aquéllos han tocado sus intereses con intenciones de rapiña.

El fascismo no es hoy mejor que ayer. Es peor, porque a cada hora que transcurre sus crímenes son más numerosos. Pero la diferencia existe; radica en que ayer el fascismo quiso apoderarse de los privilegios del capitalismo guiado por su ambición, y hoy, más modesto, porque los acontecimientos de la pasada contienda le aconsejan esa modestia, se conforma con defender los privilegios del capitalismo, que a fin de cuentas y en cierto modo son los suyos propios.

Ayer los pastores tenían que conducir a los pueblos al matadero... y, claro, en tales condiciones era necesario afirmar que el sacrificio—de los pueblos, no de los pastores—tenía un claro objetivo: acabar con el fascismo internacional.

La propaganda tomó entonces la dirección que creyeron más conveniente los preclaros—en eso de engañar a las gentes—hombres de Estado. Y así se formó la leyenda de que quienes toleraron y posibilitaron el triunfo del nazifascismo en España lo hundirían en el momento «oportuno».

Franco, nadie lo duda, ha hecho méritos suficientes para merecer el mismo destino que tuvieron Hitler y Mussolini. Pero es que Franco, sin sus dos amos, es un simple lacayo de alquiler. Y ahora acaban de alquilarlo.

En cierta ocasión, de las que forman parte de los apuros del capitalismo yanqui, alguien proclamó:

«Las Naciones Unidas luchan por un mundo en el cual no existan la tiranía y la opresión. Un mundo basado en la libertad, en la igualdad y en la justicia. Un mundo en el cual todas las personas, sin importar raza, color o credo puedan vivir en paz, con honor y dignidad».

Inútil comentar la vieja declaración. Inútil calificarla. Como esa existen a millares en la historia. Y se produjeron, invariablemente, cada vez que la pegre privilegiada vióse con el agua al cuello.

La gran quimera, el torpe espejismo que induce a error a los pueblos, termina siempre en lágrimas de angustia y de dolor.

Nuestro pueblo sufre hoy una dictadura bestial que todo el mundo tenía la esperanza de ver morir. Pero, inconscientemente, poseídos de esa ceguera voluntaria, los hombres no se dignan hacerse eco de la situación de la península. Las heridas en carne ajena no parece hacerles daño. Y, sin embargo, se repite la historia. Y la más macabra etapa del nazi-fascismo tuvo su origen en España.

¿Volverá a evolucionar el mundo hacia los regímenes totalitarios? ¿Volverán a conocer los pueblos la lacerante imposición de las dictaduras?

Es esa una pregunta a la que sólo el tiempo podrá dar respuesta.

Mientras tanto, en espera de esa hora que acaso sea fatal, los pueblos pueden seguir ignorando la responsabilidad que hoy contraen, al dejar que el capitalismo tienda una mano criminal al verdugo de España.

¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO!

FRANCISCO FRANCO, inquisidor de España, quería obtener para el pueblo español el «privilegio» de saludar a la romana.

*

Y en pos de tal «privilegio» inició su monstruosa y sangrienta cruzada contra cuanto de noble existía en España.

*

Contó con el apoyo de moros, teutones y fascistas italianos. Y con las santas bendiciones del patriarca del Vaticano.

*

A sangre y fuego «purificó» España de todo vestigio de progreso social, de libertad y de criterio. E impuso su yugo de déspota.

*

Hizo de España un verdadero «paraíso hitleriano». La primera ley fué la de «fugas». Y en ella asentó su legislación el tirano.

*

Como en los tiempos más oscuros de la Historia, Iberia se convirtió en un inmenso cementerio de todos los valores humanos.

*

Y así fué «progresando» el odioso régimen que el «Caudillo» y sus huestes impusieron a la desclada España.

*

Mientras qeu Hitler cubrió la voz de la razón con el tronar de sus cañones, Franco sembró en España su poderío.

*

Y las democracias lo maldijeron, lo amenazaron, lo señalaron como vulgar asesino y esbirro nazi.

*

Pero a la guerra sucedió la paz. Como a la tormenta la calma. Y previniendo futuras contiendas, perdonaron al traidor sus traiciones.

*

Sin embargo: ¿Quién asesinó al millón de españoles? ¿Quién impuso a España el fascismo? ¿Quién arrancó a un pueblo sus libertades? ¿Quién destrozó el progreso? ¿Quién vilipendió al mundo? ¿Quién condenó a la razón? ¿Quién hizo de la justicia un arma del crimen? ¿Quién blasonó de fascista? ¿Quién es el monstruo más horrible de la Tierra? ¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!

GAVROCHE.

CRONICA semanal
LOS COLORES del camaleón

ESTA vez es un joven el que, en forma de recuerdo, nos viene a la memoria. Un joven de los nuestros, de los forjados en el crisol de nuestra idealidad libertaria. Se llamaba Amador Franco.

En los tiempos difíciles de la clandestinidad, allá por el año 1943, Amador traspuso, viniendo del Norte de Francia, la línea de demarcación establecida por las huestes de Hitler. Aquel joven no tenía otro salvoconducto que su fría decisión y una filosofía felizmente muy común en los medios libertarios. Por casualidad le salió bien la aventura. Y llegó a Toulouse.

Amador Franco quería entrevistarse con el C. N. de la F.I.J.L., estrechar en abrazo afectuoso a los compañeros que lo componían, cambiar impresiones, confrontar ideas sobre lo que se hacía y lo que podía hacerse... Y es que, como muchos otros, vivía soñando en reeditar la gesta revolucionaria de Julio del 36.

En una casucha de una barriada de Toulouse celebróse la entrevista. Y se habló, de nuestros eternos problemas y de nuestras esperanzas, durante una noche entera. Las ideas de Amador eran claras como el agua cristalina y su concurso a la obra clandestina adquiría verdadero relieve.

Pasadas las primeras horas de euforia, se estableció un plan de actuación que determinó un mayor contacto con los grupos juveniles de la llamada zona ocupada. Y horas después, cuando ya el cansancio nos ganaba, cuando la luz del día penetraba a raudales por las ventanas, llegó un compañero que antes de acudir a su trabajo quiso ponernos en antecedentes de unas declaraciones «sensacionales» que la B.B.C. de Londres acababa de difundir. Amador Franco escuchó, con la misma atención que los otros, al compañero que hablaba, y cuando aquel terminó diciendo que le parecían «positivas» las declaraciones a que hemos aludido, Amador, con la sonrisa en los labios, exclamó: «Eso es solo el color de moda de los camaleones de la política.»

Efectivamente, aquel era el tiempo de las promesas fáciles. Se prometía todo. Y entre el TODO, la liberación de España.

Pero era solo uno de los colores del camaleón.

La prueba—las pruebas deberíamos decir—nos la ha ofrecido la O.N.U. al hacer de la célebre «Carta del Atlántico» un inmundo papelucho mojado. Y el acierto de las palabras de nuestro malogrado compañero es evidente.

Los «camaleones» de la política internacional han cambiado de color. Abandonaron el suave y esperanzador rosa para vestirse del más tétrico negro.

Los Quislings, ya no son tales, ni acaso lo fueron nunca para los charlatanes de los hemiciclos internacionales.

El «caudillo» del fascio ibérico tiene ya carta de ciudadanía. Y además embajadores de las naciones que con más bríos—orales—se proclamaron campeonas de la libertad y de la democracia.

Así por ejemplo—y los ejemplos, desgraciadamente, abundan—, el parlamentario estadounidense Mike Mansfield, de regreso a los EE. UU. de un viaje realizado a través de Europa, ha hecho a la Cámara de Representantes—de triste historia—varias recomendaciones, entre las que figuran las siguientes:

«Envío de una misión militar a España. Inclusión de España en el Tratado del Atlántico Norte y posibilidad de extender la ayuda a España bajo un pacto mutuo de ayuda y defensa.»

Si añadimos a lo expuesto las últimas declaraciones de mister Acheson hechas en el sentido de aportar a la España fascista una ayuda efectiva por parte de todas las naciones que orientan e integran el bloque occidental, tendremos el cuadro completo.

Es indiscutible que la mejor comparación a establecer con los Estados son los camaleones. Y la equivalencia de sus promesas, los colores del camaleón.

Nuestro compañero tenía RAZON.

Jean VALJEAN

EL CODIGO DEL FURETEO

EL santo bien asado no fué san Lorenzo, patrón de la invencible Osca, Osque o Huesca, sino que lo es el ciudadano de tercera en general. De tercera, porque en materia de ciudadanía, se ha atascado aquí la numeración; y no hay cuarta.

San Lorenzo, el rostizo humorista, cuando se sintió bien caliente de un lado, pidió a los que lo cocinaban, que el tueste y la cocción siguieran del otro. A nosotros, los gallinas que no tenemos en el teatro otra localidad que el gallinero y gracias, se nos mete en la cazuela fuego por los cuatro costados.

Pero la parrilla del hombre del común, corriente y moliente, no es la simbólica del monasterio laurenciano del Escorial, sino la de doble rejo del Código civil, contra el que no predica-

Angel Samblancat

ron Cristo ni Buda, porque ningún redentor se echa piedras a su tejado y pone abajo a hervir el perol de su condumio; a pesar de ser el libro de las cuarenta hojas y las cuarenta mil fullerías de que nos ocupamos, la verdadera cárcel, en que las ansias de libertad de los que no tenemos otra fortuna que ésta, yacen aherrojadas.

No he leído sobre el Código civil un comentario, al que le sean aplicables, por asesino, ratero y atentante al pudor de la verdad, los dos títulos y los 400 artículos de la tercer tajada del Código penal, en bloque.

Notemos de pasa que si en ningún cuerpo legal se ha escrito jamás una línea, que no sea una tomadura de pelo, en el Código penal, no hay renglón, que no sea delito. Las sanciones que los mamelucos de toga reparten al venadillo que lancean, con ser de una crueldad bestial, nada tienen que ver con los tratos de goma que en gehenas y en ergástulas realmente se infligen. El preso es un bistec, que la ley le pone al sayón profesional en el plato, y del que el digno hombre no tiene más que tirar hilas, cortar hojas y hacerse albondigones.

Pues el Código penal, o de la mala leche, es el soporte del Código civil o de la rapiña orgánica. Para hacer efectiva esa letra, girada contra la sed de justicia y el hambre de espacio vital de los que no toleran esposas o perrillos en las manos y grillos en los pies, se inventó el aparato ortopédico oficina, con todos sus rodajes, mecanismos, palancas y polipastos.

El Código civil dice en su primer embuste en el nombre, porque no es el cuaderno de la ciudad y la civilidad, sino la agenda de la cueva de bandidos, que en forma de caverna, caserna, campanario, torreón, Banco, tribunal, comisaría, etc., opera sobre el sueño y el descuido de los pacíficos habitantes del podrido burgo terráqueo.

El Código civil es el evangelio y la escritura sagrada de la propiedad; es decir de la segunda operación aritmética, según Prouhdon. Como las churrianas tienen su cartilla, los estrategas y cofrades del gancho tienen su carteta. Ella les instruye respecto a los procedimientos que hay expeditos para dejar sin campanilla al Jesús de la fábrica y darse los grandes hartones de mole poblando sin demolerse el riñón.

La primera y principal parte del Código—no sigo paralelas jurísticas—trata de algunas de las formas más desvergonzadas de adquirir: la ocupación, que es un crudo espolio; la accesión, que es una lotería sin pagar billete, sino arrebatando el título; el usufructo, que es un bombeo en el pozo del ajeno sudor; y el uso, que es una insidia. Se parte ahí de la absurdez, de que la tierra, despensa y patrimonio de la Humanidad, es bien mostrenco, sin destino y sin afección, que cualquiera puede reducir a servidumbre, imponiéndole servicio militar y doméstico; acotar, amojonar, alambrar, cercar y anexionarse. Estamos entre hijos de tuta y huelgan cumplimientos.

La segunda parte del devocionario de la gente «bien», se ocupa de la familia, harem cristiano, no menos vomiferal que el moro y el turco. El sultanato aquí se llama potestad patria y potestad marital. El amo de la mujer, de los hijos y de los bienes de la so-

(Pasa a la página 3.)

"ETNOCENTRISMO"

ME ha visitado un chino. Aquí, en Nueva York, la visita de un chino no tiene importancia; todo el mundo sabe que los chinos lavan y planchan ropa cuando son pobres, y que tienen restorantes cuando llegan a ricos, o viceversa, porque con los chinos... ¡nunca se sabe bien! Mi visitante, aunque chino, no es lavandero ni fondista; es filósofo, y como filósofo y chino que es, habla poco, por aquello de que «El sabio habla de la vida tal como la ve; los talentosos comentan lo que dice el sabio, y los estúpidos argumentan sobre las glosas de los talentosos», frase que se atribuye a un chino andariego porque andaba tras la sabiduría y no daba con ella, porque en todas partes encontraba cobardes incapaces de hablar con franqueza, y valientes dispuestos a morir por cualquier tontería.

El chino y yo hablamos poco, a pesar de que hubiésemos tenido mucho de qué hablar desde que Mao-cha-tung ha dicho «NO» a las proposiciones de las Naciones Unidas. Hablamos poco pero, en cambio, entre los dos hicimos un descubrimiento que encantará a los filósofos profesionales: *descubrimos una nueva palabra*, lo bastante larga y fonogénica para que no caiga en desuso pronto; deletréenla con la misma fruición con la que saborean un licor delicado, y verán: *Etnocentrismo*.

La Filosofía hace una adquisición valiosa porque pienso que otro chino filósofo: Lin-Yu-Tang, no carecía de razón al afirmar que «sólo palabras, definiciones y sistemas han hecho posible la existencia de escuelas filosóficas».

¿Qué es el «*etnocentrismo*»? Simplemente la tonta creencia de que se pertenece a una raza superior. Aunque la palabra es nueva, el hecho es algo an-

Alejandro SUX

tiguo como el mundo. No discutamos ahora; mi amigo chino llega de la ciudad de Cleveland, Estado de Ohío, donde asistiera a un congreso científico organizado por la American Association For The Advancement Of Science. Allí se leyeron kilómetros de tiras de papel escritas a máquina, y ninguna de ellas impresionó al hijo de la no-totalmente-reconocida-República Popular Democrática de China; pero le llamó mucho la atención el discurso del profesor A.O. Bowden, de una universidad del sur californiano.

Según pude comprender, el profesor Bowden habló de la necesidad de paz y del mito peligroso de la raza llegando a la triste conclusión de que, mientras exista la convicción de que se pertenece a una raza superior, la paz será imposible. Este profesor Bowden es un filósofo como a mí me gustan; no se limita a lucir su erudición como una mozuela sus alhajas, forma del «eunuquismo» intelectual contemporáneo, sino que después de analizar el mal, se atreve a proponer remedios... ¡y qué remedios!... Reeducación de maestros; limitación, POR LA FUERZA, de la propaganda racista; restricción de la palabra escrita o hablada cuando el uso de tal libertad perjudique a grupos étnicos o les cree ambiente de inseguridad.

Referente a nuestro mundo americano, el profesor Bowden dijo textualmente: (Mi amigo chino lo opuntó en caracteres de su país y me los tradujo) «A menos de que en América se haga esto, nuestro Continente cesará de ser

(Pasa a la página 2)

HOY

A LA ORILLA DE LA MAR NO ME VENGAS A BUSCAR

SEGUN mister Lester Hunt, senador demócrata en los ex democráticos EE. UU., el régimen franquista no desea entrar en el Pacto Atlántico, lo cual, de ser cierto, vendría a resultar un impacto al Pacto. Aunque mucho nos tememos que «Doña Francisquita» Franco se haga de rogar por mister Truman en su calidad de honradez de novela que se disipa... por entregas.

En efecto, podría tratarse de un regateo en el precio de trato, de «pacto» a voz baja y con el mirar en soslayo, para que las gentes realmente honestas no echaran el grito al cielo al darse cuenta de tan escandaloso amancebamiento. Porque nadie que se estimara podría tolerar que un San Francisco de Asís de la democracia se fuera de picos pardos con una Maritornes fascista de a dos pesetas propina incluída, pues lo inopinado del caso podría levantar ígneas columnas de sagrada indignación, etc., etc.

Como podría resultar que la negativa de Franco a pactar atlánticamente se debiera a su aversión al oleaje. En 1940 tatareaba bobaliconamente aquello del «Vals de las olas» por tratarse del Danubio azul-pardo, afición que debió cortar luego cuando las dichosas olas se pusieron al rojo vivo por vergüenza de verse valseadas continuamente por los

JOAN DEL PI

dictadores. ¡Pobre Danubio, que estuvo en un tris de convertirse en un Manzanares sin manzanos ni manzanas, en tanto que hoy se le come el fruto, con árboles y todo, un ejército civilizador que engulle con la finura y distinción de los caimanes!

Pero volvamos al tema. A la orilla de la mar no lo vayas a buscar, mister Truman. Y millas adentro, aun menos. Pescando, el pobre hombre y excelentísimo fardo, que es el generalísimo, se fué al fondo para inspeccionar «de visu» cuanto de pescable quedara en el interior cantábrico, cosa que unos marinos verdad comprobaron satisfactoriamente pescando al propio generalísimo. Y como si no hubiera bastante con ese episodio, el peligro de naufragar (esta vez en seco) vino de los aires marinos mientras el precavido caudillo se pegaba, se adhería a la madera del yate para impedir una segunda inmersión con olvido de la escafandra. Y lo grave es que en la pericia de su famosa Guardia de Honor no puede fiar en ambiente salobre, puesto que se aboca entera, como un solo falangista, a estribor, hasta que da vuelco el yate y se ahoga como un solo babieca (que no es lo mismo tragar agua que hostias azucaradas). Ni confiar puede, en las cuarenta y nueve unidades de guerra (barcos, barcazas, barcas) habida cuenta de lo que famosamente le ocurrió a la Armada Invencible, de lo que debía ocurrirle a la Vencible en Santiago de Cuba y Cavite (más vale deshonra sin barcos que barcos con honra) amén de lo que le ocurriría a la inútil cuan costosa y aparatosa Armada actual si los submarinos orientales la confundieran con una ensalada rusa.

(Pasa a la página 3.)

CEDOC

LA MIOPIA
de don Florín Rebolledo

por **PIO CID**

DON Florín Rebolledo era un ser feliz, gordo y algo miope. Al despuntar el día se le veía deambular, pasito a pasito, sufriendo con su gordura, por el empedrado de la calle central del pueblo.

Don Florín era un hombre cortés y dulce, tan cortés que de tiempo en tiempo su miopía le jugaba alguna que otra mala pasada. En su matinal paseo solía descabalgarse los espejuelos y echarle mano a la montera para saludar a las vacas y acémilas con una inclinación leve de su abultada cabeza. Estas, que sabían ya de sus delicadezas babeaban de gusto sólo con oír el repiqueteo de su bastón sobre los guijos del camino.

Ante la escuela, nuestro hombre, satisfecho, solía lanzar dos o tres bufidos. En el quicio de la puerta se volcía para llenarse los ojos con el verdor de la campiña. Don Florín adoraba el campo. Todas las mañanas, invariablemente, le dedicaba su última mirada antes de ir a enfrentarse con la para inadmable de sus discípulos.

Llevaba una vida modesta, apacible, huérfana de sobresaltos y de preocupaciones de las que asaltan a las gentes de la ciudad.

El era feliz. Vivía retirado con su mujer, una robusta extremeña, cerca del Camino Viejo, en una casita de piedra y adobe; una casita con visillos verdes en las ventanas, una docena de gallinas escarbando en un corralillo, una batería de cocina que daba gloria verse reflejado en ella y un hilo tenue de humo gris que iba al encuentro de las nubes suspendidas del tablero celeste.

Don Florín tenía dos debilidades: el campo y el cocido. Si querías verle orondo y satisfecho, no tenías más que llevarle al campo de merendona. Salir muy de mañana, con la fresca, salir cuando los trigales y los prados hacen su «ziplette», sacudiéndose el relente de la noche, y volver entrada ya la tarde, viendo apagarse las últimas clarudades del día. En estas excursiones no caraba el menú; en vano protestó doña Gertrudis contra esta imposición, la única, de tipo culinario, Don Florín Rebolledo, cuya voluntad de ordinario se derretía como la cera ante los mandatos de su ajamonada mitad, se encerraba entonces en un mutismo amenazador.

Alejaba don Florín en su feroz pecho menos que místico, que hasta para estas futesas ha de ser místico el español, que el cocido, plato de raigambre nacional, no era el «lio motio» del embrutecimiento del pueblo español. Este era el juicio de un malicioso autor extranjero en la funesta manía de difamar nuestro exquisito plato.

Con el tiempo cedió Gertrudis, y el cocido tomó desde entonces en aquel matrimonio forma de institución venerada e inmutable.

Siempre sacaba a relucir a guisa de argumento contundente el siguiente ejemplo: él y sus hermanos se empapuzaron hasta los veinte años en el hogar paterno de garbanzadas.

Los resultados hablaban por sí solos; todos colocados muy arriba, ni un solo tonto ni tan siquiera falto de luces. Uno de ellos, la lumbrera de la familia, en el puesto de secretario del pueblo natal. Del resto, dos sacristanes, un alguacil, y como broche a esta pléyade de hombres ilustres, él, que tenía estudios, y dado a la tarea poco lucrativa, pero «altamente espiritual», de desarrollar a fuerza de coger berrinches y repartir cañazos a aquellos terrones que tenía por discípulos.

Don Florín, una vez traspasado el dintel, se metía en una aula cuadrangular, de aire monacal, con una ventana única que era como un ojo húmedo incrustado en la pared; de esta abertura le llegaba una claror que se diluía en la humedad del ambiente. De tanto lagrimear en invierno las paredes, los mapas rezumaban tal cantidad de tinta que ya no se distinguían los ríos apócrifos de los verdaderos y las fronteras de las naciones campaban por sus respetos todas ellas.

Frente a los pupitres alineados a lo largo de los muros laterales, y como protegiendo a don Florín y a sus hombres, colgado de una cruz agrietada, estaba un Cristo de rostro macerado, escurrido de ancas, al que las carnes se le habían vuelto macilentas a fuerza de pasarle las noches en vela, cuyos pies descansaban sobre una repisa de terciopelo, color de moraipo espeso, tan ajada y deslucida que daba grima pensar que era el Hijo de Dios el que la tocaba con sus plantas.

Como de costumbre, antes de tomar asiento, don Florín bufaba. De pronto como un solo hombre, ponían a bufar toda la clase y se armaba allí un zipizape de aquí te espero. Hasta que la vara del ilustre prócer no caía sobre aquellas esquiladas testas, no cesaban las patadas, los relinchos, los tornisconeses dados al vecino.

Vuelto el orden, llamaba a un alumno al encerado, al señor Perúlez. El señor Perúlez, un pilluelo de diez años, cuyas nalgas asomaban por las roturas del pantalón, se descolgaba del pupitre y llegaba hurgándose las narices a presencia del maestro.

—Señor Perúlez, le interrogaba éste, ¿cuántas veces no le tengo dicho que el hacerte pelotillas es una costumbre detestable? He aquí—y se dirigía al auditorio, con un gesto amplio, lleno de dignidad—un craso ejemplo de la falta de urbanidad de estos contornos.

El rapazuelo, con aire de contrición, se restregaba los dedos en las costuras del pantalón sin perder de vista la temible caña.

—Veamos—proseguía—, veamos qué provecho le ha sacado usted a mi última lección de Historia Sagrada. ¿Quién era Nabucodonosor?

El interrogado daba cabezadas a diestro y siniestro rascándose con más fuerza que nunca el cogote. Adelantaba al fin un tímido:

—Pós mié usté don Floín...

—¿Cómo que «mié usté»? ¿Qué bárbaro lenguaje es ese? Señor de Perúlez —hasta en los instantes críticos conservaba don Florín su inefable cortesía— va a usted a catar de mi cartita mágica.

Y dispuesto a deshacer su furia bajaba del estrado haciéndole molinetes a su presunta víctima. Escabullíase el sentenciado, y el cañazo, ciegamente dirigido, caía sobre algún inocente.

Durante veintisiete años ejerció don Florín Rebolledo esta misión «altamente espiritual». Hasta que un domingo, a la vuelta de una excursión, se sintió repentinamente enfermo. Languideció un año más en el lecho, echando de menos las penas sufridas con sus discípulos, y se apagó dulcemente, casi sin sufrir.

Nadie recuerda ya en el pueblo a don Florín. Unicamente, al despuntar el día, los bueyes desperdigados por la calle central del pueblo, parecen buscar con ojos lánguidos, preñados de añoranzas, la sombra diminuta de aquel hombrecito cortés.

Temas Eclécticos
DOS ESTAMPAS

SIGLO XV

G

DURANTE toda la Edad Media las emigraciones españolas estaban a la orden del día. De la España de pandereta hasta todos cuantos sentían correr por sus venas la actividad y el anhelo del progreso. Era la charca mosquitera que repelía a los hombres de acción y que solo ofrecía tres caminos a la actividad que eran los únicos medios de vida: uno, ser menestral, trabajador del campo, lo que equivalía a hacer voto de eterna esclavitud, a someterse a un triste vilipendio. Otros volvían sus ojos hacia la religión y se refugiaban en los monasterios, vida que abrazaban muchos intelectuales, sin tener gran fé en las doctrinas y creencias que predicaban, y así se explica como de los eiaustros salieron tantos y tantos herejes. Y quedaba el último recurso, el de convertirse en profesionales de la energía, a tenor de las lecturas de entonces de los libros de caballería, y se dedicaban a remediar agravios y a enderezar entuertos que ni siquiera les incumbían. Y así, saltaban de una a otra provincia y a veces, saltaban también las fronteras, viniéndoles muy a tiempo el inesperado descubrimiento de América, para saltar también el mar grande, y llegar a las tierras nuevas a saciar sus necesidades y hasta desarrollar sus ambiciones.

Quien recorra actualmente los países de América viendo desfilar pueblos y más pueblos, campos cultivados y construcciones gigantescas, encuentra motivo de emoción intenso al pensar que hace cinco siglos, hombres con el arcabuz al hombro, arrastrando la pesada coraza, ignorantes en grado sumo, marchando a la ventura, pudieran haber escalado altas cumbres andinas; atravesando por aquellas cimas en donde apenas encontrarían aire para respirar, descender a aquellos valles profundos con temperaturas de horno y marchar sin descanso, sin otro guía que la ilusión, dejando tras sí blanco reguero de huesos, obligados a luchar con la envenenadora flecha del indio entre las emboscadas de la Naturaleza, bajo las inclemencias del tiempo y sometidos al hambre, el peor de sus enemigos, realizaban las empresas más locas que la Humanidad conoce, para poder vivir en tierra extraña ya que no podían vivir en la suya.

Por este motivo, aquellos emigrantes primitivos, acto continuo del arcabuz empuñaron el azadón, el arado, el hacha, la pólvora para triturar la piedra y levantar paredes, y la barrena para buscar agua subterránea y crear jardines donde eran desiertos.

Noble explotación fué aquella con la herramienta del trabajo, con la compañera la constancia y con el holocausto de sus propias vidas. Bien ganado tenían el pan que comían, el agua que bebían y el descanso con que se regeneraban...

SIGLO XX

La emigración española, también está de moda actualmente, por desgracia. El camino del mar es ya familiar a muchos y deseado de casi todos los restantes. Las tierras ultramarinas atraen a las personas como el imán a las limaduras de hierro. Y allá van, sin más recomendación ni guía, que sus deseos, ejércitos enteros deseosos de comida y de libertad.

Sabemos que muchos que han tenido que someterse a los designios de un Destino adverso y han tenido que internarse en las sierras, en los bosques, en lugares vírgenes aunque poco agradables que ahoran están en civilización incipiente. Esos son rompedores del hielo de la colonización y sientan con sus penalidades los cimientos de la empresa de humanidad a que asisten y colaboran. Pero sabemos que muchos más van a sumarse, sencillamente, al río general de actividades propias de las capitales, de las ciudades, y aun de los pueblos, de aquellos países que están en pleno desarrollo y crecimiento en sus extremidades pero pletóricos de gente en los grandes centros, donde se han de abrir paso a codazos los recién llegados, chocar con los intereses creados y establecer pugilatos por el mendrugo.

De estos conquistadores tardíos de ciudades hay infinidad que han repasado el océano en viaje de vuelta, y muchos que esperan turno para volver al viejo continente, después de haber probado sin fortuna la competencia con los que llegaron antes.

Es claro, que todo esto ocurre por falta de una organización internacional de orientación y ayuda mutua a través de todas las facetas de la vida de la Humanidad, que hicieron real y tangible el admirable tríptico de Igualdad, Libertad y Fraternidad, contrarrestando la nube negra que se cierne sobre el cielo social, de orgullo, explotación y poder, de burda procedencia, pues los fraternalistas también admitimos el orgullo, el que emana del deber cumplido; la explotación de las riquezas naturales en beneficio de la colectividad; y el poder que procede del amor, del mutuo respeto y de la cultura.

Pobres compatriotas y no compotriotas que vogastéis ansiosos tras la ilusión, por tierras y mares, y volvistéis, como las golondrinas, a vuestro nido que es Europa. Pobres también de muchos de los que allí quedaron; y pobres de los que no salimos a transitar por el ondulante camino del mar que conduce a otras tierras, y que, igualmente, desde aquellas conduce a estas. Pobres todos, que hemos de vivir pegados al grano de arena que es el mundo, proyectil inmenso que cruza el espacio sin cesar. Pero gracias aún, que las mismas leyes naturales que le rigen, nos han dotado de cierto medio de consuelo y de liberación: la inteligencia, apoyados en la cual, volamos, volamos al infinito, volamos a la superación, volamos a la esperanza del poder de la Historia que se repite, con fases parecidas, pero no exactas, dando a cada uno lo que merece, a víctimas y victimarios, y esto es nuestro mejor consuelo.

ALBERTO CARSI

LA TRADICION
de los gobernantes

TODO el pasado de los ejercicios gubernamentales es una gama como la que hoy contemplamos. La variación es de matiz pero no de substancia. Alegar que los gobiernos se humanizan, porque la Historia de la Humanidad tenga en su haber capítulos de crudeza que algunos demócratas se permiten reprochar, no equivale a acreditar un grado de superación en la moral de los gobernantes». El rigor del mando es tan agudo en estos momentos como en otros tiempos; el fin de los que mandan no ha variado.

Las definiciones programáticas de algunos sociólogos versados en filosofía, o que tal creían, fueron básicas para la confusión. En ese manantial de conocimientos políticos que se levantó de Platón y Aristóteles bebieron y beben los que en nuestra época actúan como dictadores o demócratas. Sin temor a equivocarnos podemos decir, que esos manantiales de dialéctica política estimulan la sed de todos los que se incorporan a la función de gobernar.

En la corriente de pensamiento político-gubernamental, tratan de legar objecciones de quienes sufren la autenticidad gubernamental, tratan de legar a sus venideros el mismo espíritu y la misma mentalidad.

Licurgo no pudo librarse de amalgamar contumacia y humanos juicios, y tirado para resumir las experiencias, como otros a quienes él calificó de malos gobernantes, en fracasadas proyecciones de liberación. En el mismo error cayó Jhon Locke al pretender, quizá ingenuamente, dejar en vías de comunicación interferente lo sustantico de Ligertad y Gobierno. El resultado no podía por menos de ser negativo a la inspiración liberatria. Gobierno y libertad no tienen aleación; si uno es vigoroso el otro ha de ser débil.

«En primer lugar, pues—es Locke quien habla—, en el comienzo del proceso, el gobierno paterno de los hijos en su niñez acostumbró a éstos al gobierno de un hombre, y les enseñó que cuando se le ejercía con esmero y habilidad, con afecto y amor a los superdidados, bastaba para procurar y preservar a los hombres toda la felicidad política que en la sociedad buscaban, por lo cual no fué maravilla que se lanzaran y apegaran naturalmente a la forma de gobierno a que desde niños estaban acostumbrados y que por experiencia tenían a la vez por sencilla y de buen resguardo».

Este razonamiento está plazado en el punto vital del problema, lugar que se presta para muchas proyecciones de gran calor. La tendencia a justificar la existencia de los gobiernos no es la que en este caso alcanza éxito humano y respetuoso; sin embargo, el método si que tiene su gran parte de científico, si por ciencia entendemos la coordinación de elementos acoplados a su correspondiente lugar para llegar a fin determinado.

Justificando la existencia del gobierno, cuyas derivaciones y expresiones, ya en marcha, no pueden alterarse por próceres siempre que éstos quieran, se remite Locke a los inicios del proceso cogiendo como modalidad la autoridad paternal. Tratándola en costumbre por esa enseñanza a la obediencia, el gobierno hogareño se robustece en las características sociales que adquiere, y el hombre, ya acostumbrado a ver en el gobierno la representación paternal de su sociedad, queda hecho pieza humilde para soportar lo que se le indique.

Una vez más nos encontramos ante contornos levantados por la pedagogía. La enseñanza y la modelación crearon costumbres, arraigadas y generalizadas, soporte de un sistema que pone en movimientos a los hombres según interpretación gubernamental. ¿Qué se colige de ahí para los hombres? Decir que la felicidad política resulta provocativa. Después de tantos años y siglos de ejercicio gubernamental, ¿qué pueden decir los gobernados han hecho en su favor los gobernantes? Si decís que algo os dire y que no es cierto. El «esmero» y «la habilidad» fueron y son para una conclusión inversa a la de «procurar y preservar a los hombres toda felicidad política».

La enjundia realista, contra lo que pretende Locke, en este caso, sin que hagamos uso todacia de definiciones nítidas bastante incrementadas en movimientos colectivos, surge con espontaneidad tajante de Barón De Holbach. ¿Mera predicción Falso sería suponerlo así. ¿No es su lenguaje, acaso, interpretación del sentimiento adverso que practica hostilidad hacia toda forma de gobierno? Es algo que no puede negarse.

«Los extravíos de los gobernantes, a los cuales se sacrifican tantas veces los gobernados, provienen de las mentiras con que se emponzoña la niñez, de las pasiones que se siembran en sus pechos, y de los vicios que la bajeza y la linsonja desarrollan y alimentan en ellos. Educados en la ignorancia y en la corrupción obran mal porque creen que esto es lo que les conviene, y tiranizan, porque no tienen acerca de su dicha, de sus derechos, de su poder, otras ideas que las que ha inspirado una educación errónea. Si quieren tener pueblos embrutecidos es porque, comunmente incapaces para gobernar, solo saben oprimir. Si siguen a los fantasmas de la superstición, es porque no tienen bastantes fuerzas para hallar la senda de la virtud.»

¿Qué puede rebatirse de lo expuesto? Todo responde a la verdad; ningún gobierno ni gobernante escapa a los métodos y finalidad apuntados. Mas uno de los aspectos interesantes en el tema es la coincidencia, entre Holbach y Locke, en apreciar a la niñez y a la juventud como campo propicio para fecundar las condiciones que hacen existentes a todos los gobiernos. Y se colige de esa apreciación, que no obstante todas las apreciaciones y prácticas para enmendar los yerros gubernamentales, a la juventud y a la niñez se tendrá que apelar para que florezca la indicividualidad y la Humanidad que no tenga necesidad de gobiernos y gobernantes.

Severino CAMPOS.

EL SINDICALISMO
y el negocio sindical

«Una causa no triunfa por su bondad y su justicia; triunfa por el esfuerzo de sus adeptos.»

P. G. GUERRERO.

EN un sistema social cuyas bases son para explotar, surge la necesidad de lucha de los explotados frente a sus verdugos.

Así nació el sindicalismo, como organización para defender los derechos humanos en los centros de trabajo.

Mas lo que hasta hoy se ha conseguido es multiplicar el número de los explotadores.

La clase trabajadora, debilitada por su ignorancia y por su anemia, fácilmente se deja colocar nuevos grillos.

Gente degenerada ha hecho del sindicalismo un brillante negocio. El sindicato en manos de estos traficantes se ha convertido en el medio más eficaz de enriquecimiento a base de lucro, de medro, de robo; más cruel que todos los enriquecimientos precedentes.

¿Qué han hecho los anarquistas ante esta situación criminal, desde que perdieron el control de los sindicatos?

Ante el mercantilismo sindical que constituye la burla a la gran familia trabajadora, ¿cuál ha sido la actitud de los anarquistas en el tiempo presente? En nuestro medio la respuesta es hondamente trágica y se divide en dos:

Una parte de los elementos que así se llamaron ca huyendo hacia su incorporación en las filas de los explotadores, traficantes del dolor humano. No es una retirada franca, sino una maquinación solapada. Contamos ya numerosos ejemplos a este respecto. Se enrolan en el mercantilismo sindical y aún ponen a sus centros de explotación nombres de anarquistas consagrados ya como maestros en la lucha emancipadora.

La segunda parte está constituída por camaradas de gestiones tibias, inadidos por un estado de conformismo y de mediania. De esta manera hemos sido espectadores en el gran hundimiento de las luchas sociales, y casi que nos manifestamos dispuestos a dejar perder en nuestra presencia los frutos de la lucha titánica de todos los tiempos.

Mas, pensemos con el gran historiador Herodoto, cuando dijo: «La humanidad «ólo da pasos atrás para tomar carrera.» Y alentados con este gran pensamiento reintensifiquemos nuestra fibra revolucionaria y actuemos en el más alto sentido. Que no nos asuste ni nos desmaye el gran saldo de traiciones. Que opere el efecto de matriz nuestra pujanza y nuestros brios para ahondar más la siembra y ensanchar los surcos de nuestra tarea.

Es de necesidad imperiosa que el Anarquismo vibre intensamente en los oídos trabajadores. Necesitamos llegar a todos los centros de explotación sin mayor pérdida de tiempo, para iniciar la ruptura de las cadenas que tan largamente han dolido a la humanidad.

Lancemos la verdad con fibra para que fecundice los cerebros de los explotados. Así minaremos la explotación con nuestras voces y con la acción.

Necesitamos ir a los sindicatos, estar con ellos para efectuar la obra orientadora, así como a todos los centros de trabajo y de vida.

A este respecto, recordemos siempre que el anarquista jamás se deja injerir por el medio. Muy por el contrario, el medio social será minado en donde ponga la planta un anarquista. Cuando este orden de cosas se debilita o deja de ser, el anarquista también ha dejado de existir.

Si el movimiento anarquista se encuentra corrompido tan lamentablemente en nuestros medios y en nuestros días, ello es por la pasividad de sus elementos, por el estancamiento, por la quietud a que se le ha condenado. Todo estancamiento engendra peste. Hacer conciencia sobre esta involución, nos sirve únicamente para multiplicar nuestra acción positica. Ratifiquemos y rectifiquemos siempre nuestra conducta frente a los principios básicos del Anarquismo. Y así, el Anarquismo dará los magníficos frutos que la humanidad tan ardientemente espera.

Luz MEZA CIENFUEGOS.

'Etnocentrismo'

(Viene de la pág. 1.)

el CRISOL de la nueva raza humana, para convertirse en serie de hollas congeladas para negros, amarillos, cobrizos y blancos».

Por de pronto, de ese congreso surgió un plan de acción contra el «etnocentrismo», culpable de odios y de cosas peores, y el plan se llevará a la práctica inmediatamente, con esa pasión catequizadora que caracteriza a este pueblo norteamericano, al borde, como ninguno, de un «etnocentrismo» virulento a causa de los acontecimientos actuales y la sensación de invencibles que les da la corta pero victoriosa historia de su país.

Felizmente parece que en Cleveland los hombres de ciencia hallaron la vacuna contra el «etnocentrismo», cuya primera manifestación es el nacionalismo, enfermedad todavía benigna por estas comarcas, pero que puede adquirir proporciones alarmantes de un día para otro. Esta es, por lo menos, la impresión optimista que trae de allá mi visitante chino.

A. SUX.

A la orilla de la mar...

(Viene de la página 1)

¿Agua? ¿«Pa» el gato? Aquí actos y nada de pactos. Dinero contante y sonante es lo que hace falta, dólares y glotonerías para colmar las insaciables tragaderas de Falange. ¿La civilización, la suerte del mundo? ¡A otro perro con ambos huesos! Dólares, gasolina y trigo para la Trinidad selvática que impero en España. Si los Saliquet, los Plá y Deniel y los March de mayor y menor cuantía están satisfechos, lo demás es asunto de «filipollas».

JOAN DEL FI.

DE MI CARNET
blanco y negro

LOS escépticos son idealistas fracasados. Las frágiles flores de su ilusión dieron, a la postre, frutos huerros o amargos. Mordieron, una, diez, cien veces la verde cáscara de la nuez; áspera perseverancia en búsqueda del delicioso manjar envuelto entre rudos pliegues. Y al hallarla hueca, tras haber perdido los dientes al roerla, entre lamento y denuesto, mancharon su lengua. Pero, tras este intento, ¿por qué no ensayar el injerto, en su ideal brazo a fuer de silvestre? Prefieren morir sin pena ni gloria, acosados por las zarzas de la selva.

Más que en la realidad idealizada, el artista se distingue en la realización de su ideal.

La imaginación bordaba, con finos hilos de oro, los arabescos de la ilusión. La fantasía dábales formas caprichosas, caprosas, plásticas; relieves tales, que parecían realidades al alcance de la mano. Y la mano, movida por el resorte del deseo, abrió sus tentáculos para asirlas. Las aprisionó con furia, cayeron sus fantásticos ropajes, y desnudas ya, vinieron en ser repudiables realidades. Y el ciclo infernal continuó.

Porque la realidad es una ilusión muerta, desnuda e indeseable; es la ilusión una realidad viva, galana y atractiva.

La historia humana es un cascada de hechos, de lecciones y experimentos. Y de nuestra deficiente o eficiente interpretación dependen nuestros aciertos o fracasos.

Somos parcelas vitales de barro de una Naturaleza que se nos antoja lozana, contradictoria y caprichosa. Y son nuestra débil intuición y nuestra fementida ciencia, las que nos impiden captar lo que, en resumidas cuentas, no son más que sus fenómenos, sus contrastes o paradojas. Y esta ignorancia implica nuestra caótica existencia.

Mientras tratemos de encubrir estos misterios con los tupidos celámenes de la fe. En tanto, pretendamos dilucidar tales enigmas con sutilezas retóricas de sofista. Siempre que intentemos resolver dichas ecuaciones con rigideces matemáticas o dialécticas, por bastardía, nuestra lógica no valdrá un ochavo.

La lógica del teólogo visionario, al lógica del filósofo encandilado, la lógica del científico deslumbrado, son experiencias teóricas, positivas a priori, y en sus procelosos remansos naufraga el pensamiento humano. Y es la concreción de los hechos, la que las revela prácticamente erróneas y negativas.

Más perseverancia se precisa para adquirir ciertos ciclos, que esfuerzos políticos para alcanzar ciertas virtudes.

Pues que la Voluntad es el fluído de la Conciencia, no accionará el potente freno para refrenar despreciables instintos animales, si previamente el acelerador no acelera los más preciados sentimientos humanos.

Plácido BRAVO.

"LA LLAMA del Ideal"

LLAMA bienhechora; llama purificadora aquella que engendra nueva vida en el hombre. Fuerza propulsora que atesora los quilates de savia regeneradora. Llama que anima y guía al ser humano en sus horas de vicisitud; que devora los pedazos de madera, paulatinamente, para alumbrar al conjunto y conservar aquellos que la cultivan, que la perseveran.

Así se nos presenta la llama del ideal; ésta propulsa, regenera a todo todo aquel que de su néctar se quiere nutrir. Los maderos producen la llama; ésta a su vez se transforma en ascuas y las ascuas se resguardan del intemperie al abrigo de sus propias cenizas. Y en sus cenizas se conservan cuidadosamente las ascuas que un día, a la menor brisa, volverán a tomar nuevo resplandor. Se esparcirán, volarán por los aires y dejarán en cada lugar el calor y en cada calor el resplandor de una idea. Y el fuego irá prendiendo a través del tiempo, de las edades; se transmitirá de generación en generación, hasta que llegue a prender en un círculo más amplio y pueda el cuerpo y el sentir de los corazones humanos, calentarse al calor de esa llama, de esa idea, de ese concepto ético integral.

¿Hay algo más parecido a un libro? ¿Se puede hacer semejante comparación entre el madero y el libro; las llamas con las ideas; las ascuas con el ardor que animan; las cenizas con el beodo que las cubre; que, en cuanto las sacudes un poco, empiezan de nuevo a germinar nuevas llamas en el cerebro del estudioso lector?

Las llamas que se conservan al calor de sus propias cenizas, representan las aportaciones morales y materiales de los hombres que se guarnecen de los despojos de la sociedad. Cuando al avivarlas brilla de nuevo la llama, toma nuevas fuerzas y bríos. Esta fuerza, este brío guía y propulsa al joven idealista que se lanza a decorar, poco a poco, esos maderos, esos troncos de savia ideológica y regeneradora que guardan timidamente los libros. Es el calor su voluntad; el resplandor su triunfo; el chispear el dinamismo del lector.

¡Son momentos de avidez, de inquietud! Parece que los días son horas y las horas minutos. Aún no se ha terminado con una de esas joyas literarias, cuando otra deja deslumbrar otro manantial de nuevos conocimientos que instruyen, cultivan, cincelan y esculpen al lector. La llama crece, y en su constante evolución, son muchas, muchísimas las cantidades de fuerzas que se pierden. Pero, ¿cuántas más no se pierden en la floración de un árbol en la primavera? ¿Cuántos miles y miles de huevos son comidos en las profundidades de los mares y en cambio la especie, por muy pequeña que sea, no desaparece?

La lucha por la existencia y la conservación de la especie, existe desde los primeros vestigios de vida orgánica en la naturaleza. También el instinto de superación a través de las civilizaciones y de los siglos, cada vez con mayor radio y englobando de más en más las capas de las jóvenes generaciones, va alcanzando la cúspide de la integración humana. Es la síntesis integral que, como consecuencia lógica del renacimiento, de la llama, de la inquietud que se va despertando como círculo inmediato a la inspiración máxima de estabilidad social.

Se ponen diques, se levantan barreras, se argumentan las más raras maquinaciones contra este sentir humano. Y vemos con inaudita satisfacción que, a pesar de estas trabas, existe un factor fundamental, categórico, que, fundamentándose en lo más profundo de la célula orgánica, aporta esa metamorfosis evolutiva dentro de cada cromosoma y por ende, de cada ser humano, que hace que el avance social no se estacione ni vegete en la estepa de la indiferencia y abandono, ni en la pereza y apatía por el estudio.

Esta llama ha caracterizado, por excelencia, de manera radical y determinativa a los que la han abrazado. Es sin duda algo que se halla, en la época actual—como cuando empezó a tomar forma y estructuración durante los siglos XVIII y XIX, sin olvidar las corrientes que en todo tiempo se han hallado en pleno litigio con los convencionalismos de la época—, bastante por encima de las briosas corrientes y conceptos morales y espirituales contemporáneos.

Si idiotincrasismo sin toga eclesiástica, ni frac a la parlamentaria, ni galones de cabo de vara que suele cotizarse a las grandes masas de la actualidad delante de sus más respetuosos «líderes» y «dictadorzuelos» es lo que más encarnizadamente se debe repudiar por considerar los tóxicos más morbosos, que con democracia a la rusa ciénese convertando algo inoulnerable, sagrado: fetichismos de nuestros tiempos.

A. MARIO.

¿Bajo el símbolo de la paz?

FRANCAMENTE indignado estaba ayer un amigo mío. En fin, no muy amigo, porque tiene cierta similitud con los duros sevillanos: es bolchevique.

* * *

Naturalmente, los duros sevillanos no eran bolcheviques, pero eran falsos... como los bolcheviques. Y, por lo tanto, no podemos hablar de amigo.

* * *

Pero, amigo o no, el caso es que el hombre estaba indignado porque acababa de solicitar unas firmitas suplementarias contra la guerra, y, a renglón seguido...

* * *

A renglón seguido le pidieron, ciertos jerarcas de su partido, que hiciera propaganda relativa al 33 aniversario del ejército rojo. Y claro, el hombre hizo propaganda.

* * *

A los mismos que les pidió las firmitas para la Paz—¡pobre señora!—, le pidió luego que enviaran un telegrama de felicitación a los jefes del ejército rojo.

* * *

Y la indignación de mi supuesto amigo no tuvo límites cuando los firmantes aludidos se negaron a utilizar el telégrafo.

* * *

¿Que por qué se indignó el bolchevique? ¡Nada más claro! Sencillamente, porque los pobres diablos de firmantes sabían firmar, pero no sabían distinguir entre la guerra orientalista y la occidentalista.

* * *

Y cuanto más argumentó, peor. Los firmantes que no telegrafiaban, declararon solemnemente que no existe diferencia entre los abuses rusos y los americanos.

«¡Si serán brutos!», me decía lleno de congoja el parecido a los duros sevillanos.

JUAN RODRIGUEZ.

Compañero: Ayuda a RUTA incrementando su venta

Biblioteca de Comunicació Universitat de Barcelona

EL HOMBRE
es idealista ante todo

VIVIR. Primero vivir, filosofar después, dice un viejo adagio latino. La vida por sí sola es eso... De la que sale ese perfume como resultado propio del vivir, que es nuestra más preciada flor.

Los tratados de filosofía, ciencia, sociología, arte, son como botellas en el que se conservan cuidadosamente el perfume de la vida de nuestros antepasados. En muchas de éstas se nota, si acercamos la nariz, el efecto del traficante, lo que justifica las continuas adulteraciones que se vienen sucediendo, queriendo dar por éstas a la vida, un sabor que la vida no tiene, porque las ideas, a pesar de los traficantes, siguen floreciendo, sin que nada ni nadie aparte su benéfica continuidad.

El adagio en sí se presta a las más variadas especulaciones. Hay quienes lo hacen pasar por la vil guillotina de su interpretación. «Primero tragar, luego ya veremos... Ya veremos lo que volvemos a tragar», interpretan, cual pobres gusanos que no se ocupan nada más que de las ideas que reportan... Llegando a creer por su interpretación que la vida no tiene otro sentido que el materialista, ni existen otras ideas que no dependan del mismo sistema. Del que dependiéramos enteramente (el que justificará y regulará todas nuestras acciones: las buenas y las malas). Y así historian. Pero, la vida, que es ya en sí y por sí un filosofar, un filosofar, como añade Unamuno, el más profundo y grande, tiene otro sentido, que sostienen los puntales de otros adagios, como el de que «no sólo de pan vive el hombre», puesto que después de vivir hay un después—de vivir materialmente, hay que abrazar las ideas. El espíritu necesita de las ideas de que se nutre, tales son las de libertad, respeto, amor... Necesarias a la paz, necesarias a la salud de los pueblos, necesarias a la evolución que empuja y anima y ordena el manantía de las ideas. Porque, ¿qué sería esta sociedad sin la existencia de ideas? Un conjunto de larvas, o de micos quizás, animados por el estómago. Y, aunque esa vida quisiera ser vida, impuesta desde arriba, regulada por leyes arbitrarias, haciendo de esa llamada vida, una vida limitada, mezquina, encogida, dentro de la estrechez de las múltiples necesidades, las ideas desbordarían rompiendo todos los diques arbitrarios, empleando para ello la violencia hasta satisfacer su sed de justicia y de libertad (alimento, ya lo hemos dicho, del espíritu) buscando vivir plenamente dentro de ellas.

Las ideas en sí desbordadas, reprimidas infinidad de veces, han servido de base a las especulaciones marxistas para afirmar con ellas su derivación de lo económico (del estómago, en vez de la cabeza y del corazón) lo que contribuye a degradar la moral y el arte. Porque, que los opresores hagan de lo económico causa, no prueba que la rebelión lo sea.

El hombre, es idealista ante todo. Las metamorfosis de la producción y del cambio, puede llevarse a cabo con ayuda de las máquinas. Y las revoluciones de sí realizadas no tener nada de sociales, por seguir las riendas en las manos de los explotadores y el productor esclavizado... Y si el hombre carece de libertad, de respeto y amor, carecerá de ideas. Un hombre sin ideas, es como una flor sin perfume, inconcebible...

José MOLINA

EL CODIGO del fureteo

(Viene de la pág. 1.)

ciedad conyugal, es el varón. Este apartamento del Código es le toril de los cornudos, el trapecio de las adúlteras y la musadera de los *souteneurs*. El hogar contratado es un puerto de arrebatacapas, un callejón de sal-si-puedes, con más fuego fatuo de apetitos, que lumbre de amor. Fin'da la hogaza, finido el hogar. La mujer vive en la holganza, de la viña P y Y de su sexo. El esposo le devora el dote a la esposa y se fuma a criadas y niñeras. Los hijos en la cocina y el repostre resquillan lo que pueden.

La tercera división del breviario de los ricos es tan infaustí-damnada como las otras. Habla de las sucesiones. En ella es mejor lo callado que lo dicho. El testador suele ser un bandolero, que se enriqueció haciendo el desierto en los bols.llos que había en su derredor. El cura, el médico y el notario ayudan a su deshonrada vejez a desinflarse de bolsa y a estirar la pata, entrando a la parte con los herederos en los timos del causante. La rebatiña es fantasmagorigorial. Las monjas del turno parecen hienas. La mayoría de las veces, la comedia acaba en un velorio, en que todo el concurso borracho se hacen las siete aguas en los escapular.os con que se les espanta al demonio al inmundo fiambre.

Cuarto gabinete o *sancta sanctorum* de la bíblia justinianea: el libro de la contratación. He aquí la baraja más traidora del casino soc'al. El mundo es un Montecarlo, una Tía Juana (Tijuana) de estas latitudes; una prestamería, en que te exigen «pa» prenda trozos de corazón; una gitanesca siempre en fuga de la guardia civil; un antro de usuras, pegos, tarugos, petardos, juegos de mantas y otros fuegos de artific.o. Está permitido limpiarle hasta a Longinos el Longines; recortarle la capa incluso al santo aquel que ya había dado la mitad; barrerles el pesebre al buey y a la mula beletinas; saltearse los hígados del cordero pascual; torear los 10 mandamientos de la ley de D.os, dando quiebros al rito, a la moral y a la decencia, desde las 8 de la mañana hasta las 12 de la noche.

Y el que venga detrás, que arree candela. Y después de ese Gomorra, ¡el diluvio! ¡el manliuvio! y ¡el pediluvio!

Angel SAMBLANCAT

Journal sorti des presses de la SOCIETE GENERALE D'IMPRESSION (Coopérative Ouvrière de Productiva) Siège social : 26, rue Buffon, Toulouse
Ateliers : 61, rue des Amidonniers

COMO DESTRUIR
el virus religioso

Por DON X

CADA vez que alguien se propone correr el obscuro velo que tienden las religiones sobre el espíritu del ser y se trata de llevar un poco de «la razón de la ciencia» hasta las atormentadas conciencias de los creyentes, se usa como práctica común hurgar en la historia. Se buscan en ella los hechos más denigrantes y toda aquella documentación que acredite las iniquidades más brutales cometidas por el fanatismo de la secta o en defensa del dogmatismo de la fe. Pero, ¿es conveniente a los fines que se persiguen, el atacar friamente a las inteligencias estrechas enrostrándole la estupidez pueril de toda creencia?

Claro está que tentados estamos de gritar a los cuatro vientos nuestra verdad relativa y demostrable y desafiar a cualquiera a discutirla, pero tenemos que comprender—puesto que estamos en la posición de los que buscan la verdad hasta donde nos lleve el libre análisis—de que a esa sociedad que tratamos de encauzar por las vías de la liberación espiritual no tienen la misma conformación mental que nosotros. De la misma manera que hay físicos atacados de enfermedades hereditarias, existen también mentalidades que sufren males que se vienen gestando secularmente.

La religión es una plaga que ha invadido a la humanidad por un proceso lento y complicado. Sus microbios no sólo flotan en el ambiente sino que también se traen en la sangre a través de generaciones y generaciones. ¿Cómo hemos de echarle en cara al hombre su necedad, cuando él realmente no tiene toda la culpa de lo que cree? Para nosotros el «creyente» es un ser con una mentalidad infantil y limitada, pero debemos tener en cuenta y saber diferenciar que esta mengua no se debe a que su inteligencia sea rudimentaria, sino que es producto simplemente de una enfermedad del espíritu.

Imaginemos un monte de árboles frutales y hagamos la experiencia de limpiar temporariamente de toda alimaña la mitad de este monte, dejando el resto librado al azar y veremos en poco tiempo que mientra una parte crece sana y vigorosa, la otra es invadida por toda clase de bichos y pestes que lo exprimen y debilitan. Esto mismo ocurre con la religión. Hacemos esta comparación para que se comprenda que la religión, en su origen, no es el invento de unos pillos y que por el contrario es tan natural como los bichos y las pestes que invadieron el monte.

Pero si la finalidad de toda especie es bregar por mejorar su condición, de usar en su beneficio las riquezas naturales, de mejorarlas o oanularlas si le fueran perniciosas, es humano reconocer que si hay algo que pueda entorpecer la evolución y perfección de nuestra especie, es un deber además de una necesidad, buscar y aplicar un método terapéutico que nos sirva para contrarrestar a las generaciones futuras. Mas, para encontrar el remedio es necesario establecer claramente la naturaleza de la enfermedad. Si encontramos los motivos que ocasionan el mal, no cabe duda que con el concurso de la ciencia también demos con la forma de combatirla. En la depuración de los montes la ciencia usa compuestos químicos. Nosotros nos consumimos repartiendo palazos.

Bosquejando el mal a grandes rasgos, diremos que se destacan en él netamente dos corrientes: una interna y otra externa. La corriente interna que deposita en la razón del creyente la necesidad de formar en su imaginación un ente todopoderoso que dirija los destinos del Universo y los de él inclusive, se explica de la manera siguiente. El hombre se inclina a aceptar una fuerza sobrenatural al sentirse impotente y no poder encontrar, por medio de su inteligencia, la solución a ciertos fenómenos ocasionales que escapan de su alcance. En presencia de estos problemas el hombre tiene dos caminos: templar la voluntad y analizarlos libremente o de lo contrario depositarlos en manos de una presunta divinidad que sólo en su imaginación existe creyendo desligarse así de toda preocupación cuando en realidad estará más ligado que nunca. Prueba irrefutable de esto es que el ser humano sólo implora la atención del «altísimo» en aquellos momentos en que se siente incapaz de bastarse a sí mismo. La otra corriente, la exterior, es la que esparce incesantemente en el ambiente a semejanza de esas telas de araña que se prenden en todos lados, de las cuales unos están inmunizados, otros delegados a cierta claridad de raciocinio logran romperlas y liberarse, pero hay un tercer grupo que se halla impotente de romper ese ataque incesante de afuera sumándose a esto la necesidad hereditaria de adentro.

Mas, como decíamos al principio, creemos que no es lo más necesario hacer historia para fundamentar el porqué todo mito o «creencia», toda fuerza sobrenatural omnisciente y omnipotente, no es más que sugestión consuetudinaria que anula el discernimiento y embota el libre albedrío, pero no pos interesemos demasiado en fundamentar tal sugestión porque nos servirá de poco: sería lo mismo que descubrir el porque las plagas hacen daño al monte sin ocuparnos de la forma de combatirlas.

Leyendo a muchos escritores que se han ocupado y demostrado los perjuicios de la religión, nos sentimos un tanto anonadados al notar que si sus conceptos tan acertados y convincentes no tuvieron la utilidad que deseáramos, muy poco podemos hacer nosotros en abonar un terreno poco menos que trillado. ¿Mas era ese el camino a seguir? No nos engañemos. ¿Qué beneficio traeríamos a la verdad si aquí nos despacháramos contra toda la curia y atacáramos a sus millares de corderos? ¿Qué beneficio traeríamos a la humanidad si enumeráramos los asesinatos en nombre de dios, si analizáramos el imperialismo de la iglesia, si nos asqueáramos de la infalibilidad del padre santo y rebatiéramos la verdad absoluta al dogma?

Escaso sería el beneficio, puesto que la mayoría de los que nos leerán ya conocen todo esto. Sería como encender la luz en pleno medio día. No creemos, y lo sabemos por experiencia, que los seres que están bajo los influjos de la fe, tomen, de buenas a primeras a primeras a instancias de nuestras sugerencias, el camino de la libertad espiritual, pues aunque comprendan racionalmente nuestras demostraciones, en cuanto se sientan impotentes para torcer un hecho inminente o por conseguir algo que apetecen, no tendrán a menos que arrodillarse y suplicar fervorosamente la ayuda del supremo.

Es desde todo punto de vista cierto y aconsejable, el no colocarnos en una posición hostil enfrentando al individuo creyente, pues éste será, en nuestra vehemencia, a cambio de una sana intención rectificadora, un barbarismo del cual huirá horrorizado. Si destruyéramos todos los templos y sinagogas, si nos diéramos a la tarea de exterminar todo vestigio de mistificación exterior, no habríamos de conseguir con ello libertar la conciencia oprimida de los pueblos. Los hombres caerían de rodillas, rezarían en las ruinas o en las calles quizás, con más fervor que hasta entonces. Es verdad que el objeto de su adoración está representado en formas materiales exteriores: santos, vírgenes, cruces, etc., pero no nos olvidemos de la corriente interior. Esta es la que tiene mayor importancia para nosotros. Salvado el temor y poseyendo la facultad del libre examen, la razón del religioso terminaría por darse cuenta que todo aquello ornado de divinidad y ritualismo, no era más que un engañoso soporte de la conciencia.

Es este mal, el mal de adentro, el que tiene que absorber nuestras inquietudes tendentes a llevar hasta los que viven en la obscuridad, la verdad de lo demostrable y despertaríes la voluntad para que descubran en sí mismos una personalidad que se mueve por un YO QUIERO y no por un SI DIOS QUIERE.

Y aquí traemos a colación una comparación que nos dará la pauta de lo beneficioso que sería establecer un método pedagógico adecuado para llevar a cabo nuestra labor futura. La idea nos la dan claramente las obras que con un mismo fin escribieron en su oportunidad Max Nordau y José Guyau. Comparándolas, no en sus valores literarios, sino en la manera de encarar la educación, notaremos sin esfuerzo la utilidad de uno y otro método. Guyau, con su «Hacía una moral sin obligación ni sanción» y «La irreligión del porvenir», hará más beneficio en igua cantidad y calidad de lectores creyentes, que Nordau con sus «Mentiras convencionales de la civilización». Es que el primero educa de adentro hacia afuera y el segundo intenta hacerlo de afuera hacia adentro.

Guyau justifica la creencia como un asidero de la humanidad al principio. Como un leño en alta mar al cual se aferra el náufrago; pero a medida que avanza en el análisis, a medida que se introduce en el espíritu del lector mostrándole sus mismos problemas, le va quitando astilla tras astilla hasta hacer que el náufrago, sin darse cuenta, se mantenga a flote sin la ayuda del leño. Nordau, por el contrario, de un solo impulso y de entrada quita el leño salvador, dejando al náufrago manoteando desesperado en las tumultuosas aguas de la fe y la mentira que lo aterrorizan y ahogan. Allí se pierde y confunde hasta que termina por poner nuevamente en las manos de su dios su alma arrepentida y que él se encargue de dilucidar sus problemas.

Lee y propaga RUTA
Organo de de la F.I.J.L. en Francia

IMPORTANTE

La situación económica de RUTA nos obliga a dirigirnos a los lectores de nuestro paladín para rogarles que, con la mayor urgencia, procuren ponerse al corriente de pago.

La Administración de RUTA no puede dirigirse directamente a los compañeros que se han retrasado en el pago de las subscripciones sin realizar un gasto muy considerable, que no haría más que agravar aún la situación de nuestro semanario.

Repetimos, pues, nuestro ruego de que los compañeros procuren remitirnos urgentemente las cantidades destinadas a RUTA.

En la actualidad, nuestro paladín necesita un apoyo eficaz de parte de todos. De lo contrario, pondremos su existencia en peligro.

Esperamos que la militancia atenderá debidamente nuestro llamamiento.

LA ADMINISTRACION.

Tus Libros

E. Sienkiewics: «Quo Vadis»	225 frs.
R. Kipling: «El Libro de las tierras vírgenes»	225 »
L. Tolstoi: «Resurrección»	225 »
V. Hugo: «Nuestra Señora de París»	225 »
J. Verne: «Miguel Strogoff» (el correo del Zar)	225 »
M. Gorki: «La Madre»	225 »
L. Tolstoi: «Ana Karenina» (2 t.), precio del tomo	200 »
Rousseau: «Las confesiones» (2 t.), precio del tomo	200 »
E. Zola: «El pecado del abate Mouret»	200 »
C. Dickens: «Aventuras de Pickwick»	200 »
Alejandro Dumas: «Ascanio»	200 »
J. Verne: «Veinte mil leguas de viaje submarino»	200 »
W. Scott: «Ivanhoé»	200 »
E. Renán: «El porvenir de la Ciencia»	650 »
W. Frank: «Rumbo para América»	380 »
V. Blasco Ibáñez: «En el País del Arte»	450 »
L. J. Doshay: «El niño delincuente sexual»	420 »
E. Hemingway: «Por quién doblan las campanas»	550 »
V. Blasco Ibáñez: «El Paraíso de las mujeres»	450 »
R. Rocker: «El pensamiento liberal en los EE. UU.»	500 »
G. de los Ríos: «Filosofía y Sociología»	120 »
Moro: «La Utopía»	120 »
Hamon: «La Revolución a través de los siglos»	120 »
Spencer: «Creación y Revolución»	120 »
Spencer: «Demasiadas leyes»	120 »
Reclus: «Evolución y Revolución»	120 »
C. G. Jung: «L'homme à la découverte de son âme»	700 »
P. C. Jagot: «El poder de la voluntad»	175 »
H. G. Wells: «El hombre invisible»	175 »
S. Zweig: «Confusión de sentimientos»	175 »
S. Zweig: «Veinticuatro horas de la vida de una mujer»	175 »
S. Zweig: «La tragedia de una vida»	175 »
Voltaire: «La Doncella»	175 »
V. Blasco Ibáñez: «Sangre y arena»	225 »
E. Zamacois: «El Otro»	175 »
Knut Hamsun: «Pan»	175 »
Knut Hamsun: «Hambre»	175 »
Voline: «La Revolución inconnue: 1917-1921»	650 »

* * *

Para pedidos dirigirse a J. ESCUDERO: 4, rue de Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre y apellidos

Dirección

Departamento se suscribe a la

Revista "CENIT" por un período de (1)

enviando la cantidad de (2)

Fecha

GIROS: "C.N.T." hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

(1) Trimestre, semestre o año. — (2) 180 fr. ; 350 fr. o 720 francos.

EL MISTERIO

Por ANDREIEV

(Continuación)

El 5 de diciembre cayó, como ya he dicho, la primera nevada. Empezó al amanecer y duró toda la mañana. Cuando, terminada la clase de Volodia, salí al jardín, todo estaba silencioso y blanco. Dejando profundas huellas en mi camino, llegué a la playa. Y lancé un grito de asombro al ver que ya no había mar. Horas antes comenzaba allí la superficie helada, casi opaca; ahora la vista no tropezaba con límite alguno entre el mar y la tierra, ambos cubiertos por el mismo blanco sudario.

Obedeciendo a esa necesidad que se siente ante toda superficie lisa e intacta de trazar algo en ella, me quité el guante de la mano derecha y escribí con el dedo en la nieve: «Elena».

La pirámide se había trocado en una colina de nieve de suaves contornos, en algo sumiso y como muerto por segunda vez y para siempre. «A este lado, la cabeza; a ése, los pies...» Era difícil imaginarse allí, en aquella superficie impasible, las olas, la lancha volcada. Y me pareció que se me quitaba un peso de encima. «No estaría de más—me dije—un viajecito a Petersburgo, para hacer alguna asomada por la Universidad.» Norden, en aquel momento, se me antojaba un hombre extravagante y desagradable, pero inofensivo. ¿Qué me importaba a mí que contase historietas e hiciera bailar a su familia? A mí lo que me interesaba era reunir algún dinero y marcharme.

«¿Cómo te las vas a componer ahora para borrar las huellas?», pensaba yo, riéndome, al volver de la playa. Y evitaba pisar las ya existentes, a fin de dejar todas las que pudiera.

Al día siguiente—y al otro, y al otro, y al otro, si tardaba en nevar de nuevo—sería para mí un placer, casi un orgullo, el verlas.

Los árboles del jardín ya no producían la impresión de soledad y tristeza de que he hablado: parecían sumidos en un tranquilo sueño, lleno de ensueños dulces. Lo único que turbaba la placidez del paisaje eran los cajones de madera que Norden había hecho construir para abrigo de árboles meridionales. Yo no había visto nunca proteger los árboles contra el frío en aquella forma, y los altos y extraños cajones me encogían el corazón; semejantes a ataúdes en pie, diríase que se disponían a tomar parte en una procesión macabra. «Estoy orgulloso de mi invento», decía Norden, con gran indignación mía.

Hacía dos días que se había ido a Petersburgo, y en la vasta mansión, que yo no conocía aún en su totalidad, reinaban un silencio y una calma absolutos: los niños estaban con el aya, en sus habitaciones, quietos y callados, y la servidumbre no hacía tampoco ruido alguno; en el piso alto, una mujer joven y bella, víctima de las fuerzas desconocidas, languidecía solitaria...

Estuve cerca de una hora en la biblioteca, pero no tenía gana de leer: una alegre excitación nerviosa me turbaba; la casa, silente y misteriosa, despertaba en mi alma una viva curiosidad y una vaga sed de aventuras. Luego de cerciorarme de que no podía verme nadie, empujé la puerta que daba a las habitaciones del lado de allá del corredor y penetré en ellas de puntillas. Atravesé dos amplias estancias, avancé a lo largo de un pasillito y salí a la meseta de una escalera interior cuya existencia yo ignoraba. Alzábase frente a la escalera una puerta cerrada. «Ahí dentro—me dije—está la enferma»; y con una resolución desesperada intenté abrir pero no pude. No sabía qué hacer. Crucé por mi cerebro la idea de llamar pero no me atreví.

Permanecí allí largo rato, turbado por aquel silencio que lo envovía y penetraba todo y miraba con sus ojos blancos a través de la claraboya. Oí de pronto pasos abajo, y volví presuroso a la biblioteca. Cogí un libro y hojeándolo me quedé dormido en un diván, llevándome al reino del sueño la visión del mundo cubierto de nieve y taciturno.

Después de comer me retiré a mi cuarto y, luego de anotar en mi diario las impresiones del día y escribir dos o tres cartas, me acosté; mas como me había pasado durmiendo casi toda la tarde, no tenía sueño, y estuve cerca de dos horas despierto, atento el oído al silencio, la mirada atenta a las tinieblas. Tras cristales de la ventana, velada por un blanco *store*, reinaba la noche blanca; las nubes cernían y debilitaban la luz de la Luna.

Creo que empezaba ya a dormirme, cuando «sentí» de pronto que ante la ventana, en el jardín, había alguien. Me incorporé. Una sombra se dibujaba en el *store*.

Como mi habitación estaba en el entresuelo y la altura de la ventana era escasa, supuse que alguna persona—desde luego de elevada estatura—perteneciente a la servidumbre habría salido llevándose sólo la llave de la verja y no se atrevía a llamar a la puerta del hotel. Con una vaga angustia, no obstante, me levanté, atravesé la estancia y descorrí el *store*. Un hombre, a quien el antepecho de la ventana la llegaba hasta un poco más abajo de la barbilla, erguíase en la obscuridad, inmóvil y mudo. Le hice una especie de saludo con la mano, pero no contestó ni se movió. Dí unos golpecitos con los dedos en un cristal: el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—¿Qué quiere usted?—le pregunté en voz baja, sin acordarme de que era invierno y los cristales no le permitían oírme.

Viendo que seguía sin moverse y sin decir palabra, me indigné y decidí bajar al jardín a repetirle la pregunta. Pero antes de que yo acabase de girar sobre mis talones, la misteriosa figura comenzó a alejarse lentamente. Sus hombros eran anchos y horizontales, y cubría su cabeza un sombrero hongo. No había en su aspecto nada de extraordinario.

Yo, a pesar de todo, empecé a vestirme para bajar al jardín; pero conforme me vestía iba sintiéndome menos resuelto, y conclui por decirme, con una indiferencia ficticia: «Mañana averiguaré de qué se trata».

Por la mañana les pregunté a los criados; pero me aseguraron que ninguno de ellos había salido aquella noche y que nadie había visto al hombre del sombrero hongo.

El portero me contestó sin inmutarse. No así el lacayo Iván, que, visiblemente turbado, me dijo:

—¿Está usted seguro de que era un hombre con sombrero hongo?

—Sí; era un hombre con sombrero hongo—le respondí.

Esta afirmación pareció tranquilizarle.

Más tarde supe que de noche solía inquietar a la servidumbre el temor a un espectro; pero se trataba del espectro de Elena, ahogada en el mar. Era un miedo vago y poco serio, una de esas supersticiones frecuentes en las casas donde ha acontecido algo trágico.

En fin esperanza de encontrar allí la clave del enigma, me dirigí a la parte del jardín que caía al pie de mi ventana, y lo que vi me sorprendió de modo harto desagradable: no había huellas en la nieve y, además, la altura de la ventana era mayor de lo que yo me figuraba; aunque mi estatura es más que mediana, me costó trabajo acanzar con las puntas de los dedos a la arista del antepecho. El desconocido, según se inducía de este último detalle—pues, como ya he dicho, el antepecho no le llegaba a la barbilla—, o era desmesurada, anormalmente alto, o se sostenía en el aire... como un fantasma. «He sufrido—me dije—una alucinación».

Esta explicación era bastante lógica: la atención sostenida, angustiosa, con que yo lo observaba todo en aquella casa, mi constante presentimiento de algo maravilloso, podían haber debilitado mis nervios hasta el punto de hacerme ver, en este siglo ilustrado y escéptico, un aparecido. Sin embargo, se me ocurrían algunas objeciones contra aquella hipótesis: yo estaba fuerte, sano; mi cerebro funcionaba muy bien; en mis sensaciones no había nada de anormal. Además, era extraño que mis nervios, debilitados, me hubieran hecho ver un ser que, aunque sombrío, no se salía, por su aspecto, de lo vulgar; un ser sin relación alguna con mis pensamientos y sospechas. Lo natural hubiera sido que mi imaginación enferma se hubiera fingido la aparición de Elena, no la de aquel señor taciturno, con sombrero hongo.

Pero aunque no encontré respuesta a tales objeciones, no tardé en tranquilizarme.

Durante el día no ocurrió nada digno de referencia. Por la noche regresó Norden. Cuando estábamos acabando de comer, nos dijo que había traído un nuevo bailable en boga. Momentos después lo tocaba la pianista invisible, reflejando en la ejecución, un poco insegura, su desconocimiento de la pieza; los niños bailaban, miss giraba como un caballo de circo, el amo de la casa remedaba, con mucha vis cómica, a los danzarines de *ballet*; todos nos desternillábamos de risa.

De pronto, al mirar mis ojos lagrimeantes, por casualidad, a una ventana, me pareció ver una figura humana en las tinieblas. Miré más fijamente: tras los cristales no había nadie nadie; mi estúpida imaginación me había engañado. Pero Norden notó mi inquietud momentánea.

—¿Por qué está usted tan serio?—me preguntó—¿No le gusta a usted el nuevo baile? ¡Anímese, anímese! Si no, miss Moll le impondrá a usted un correctivo.

Y, señalándome con el dedo, le dijo, en inglés, a miss Moll algo que la hizo prorrumpir en estridentes carcajadas. Luego, continuando la broma, la obligó a acercarse a mí, le asió de una muñeca y con la mano de la vieja me dió unas manotaditas en el hombro. No pararon ahí sus infantiles jovialidades.

—¡Arrodillaos a sus pies y suplicadle que baile un poco!—les dijo a los niños, que se apresuraron a obedecerle.

Y añadió, dirigiéndose al aya:

—¡Y usted también!

El aya se postró también a mis pies y unió sus ruegos a los de los niños.

Yo no sabía qué hacer: todo aquello me repugnaba; pero como era una broma no podía enfadarme.

—¡Ven tú también a rogarle que baile, perillán!—le gritó Norden al lacayo Iván, que miraba, asombrado, el grupo desde la puerta.

Y el lacayo entró y se prosternó junto a la vieja.

En el piso alto, tan taciturno el día antes, seguía sonando la legre música. Lo salvajemente grotesco de aquel regocijo me crispaba los nervios y me arrancaba carcajadas casi dolorosas; diríase que estaban haliéndome cosquillas. Acabé por ponerme a bailar, y al pasar por delante de las ventanas, que se me antojaban innumerables, me preguntaba: «¿Dónde estoy? ¿Me habré vuelto loco?»

Norden tardó largo rato en calmarse. Tuve que estar con él en el comedor hasta mucho después de irse los niños a la cama, oyéndole de la velada tan alegre que habíamos pasado, de la comicidad coreográfica de miss Moll de lo bien que bailaba Volodia, de lo graciosos que estaban todos de hinojos a mis pies...

—Una velada así—decíame, dándome golpecitos en la rodilla con su blanca y pulida mano—denota cultura, civilización. Vivimos en un verdadero desierto. A un lado la mar; al otro, el páramo o poco menos. ¡Y, sin embargo, bromeamos, reímos, bailamos! Mis amigos de Petersburgo me preguntan cómo puedo vivir aquí sin morirme de tedio. ¡Si nos hubieran visto esta noche!

Y lanzó una serie de carcajadas largas, insoportablemente largas.

—Debíamos invitarles a un baile—prosiguió—. Es una gran idea, ¿verdad?

Y empezó a ir y venir a través de la estancia, con el aire de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea genial.

—Anoche...

—¡Sí, sí! Invitaremos a cincuenta, a cien amigos, y bailaremos todos. ¡Será una fiesta deliciosa, un alarde magnífico de cultura, de civilización!

—Anoche...

Norden se volvió hacia mí, súbitamente serio; me miró con fijeza, y me preguntó, amable, cortés:

—¿Qué decía usted?

Me sentí sin fuerzas para contestar, cual si me hubieran puesto de pronto un candado en los labios, y no dije nada.

Aquella noche me sumí en seguida en el sueño, como en un hoyo lleno de plumas negras. A las dos o las tres de la madrugada alguien me gritó: «¡Arriba!» Me incorporé bruscamente: un profundo silencio reinaba en la habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. «He oído esa voz en sueños—pensé—. No es ningún fenómeno extraordinario.» Y cuando iba a tenderme de nuevo advertí que había alguien ante la ventana, en el jardín.

Era «él». Me acerqué a la ventana y le hice con la mano, como la noche antes, una especie de saludo, ahora menos pacífico; pero él, como la noche antes, ni me contestó ni se movió. Observé que era altísimo y no se sostenía en el aire. «No debe ser un fantasma», me dije, exhalando un suspiro de alivio, sin hacerme cargo de que la visita nocturna de un gigante que no deja huellas no estaba tampoco muy dentro de lo natural. Y decidí bajar al jardín; pero él pareció adivinar mi pensamiento, y echó a andar, no muy presuroso, a lo largo de la pared. Renuncié a vestirme, considerando que el desconocido tendría tiempo sobrado, mientras yo me vestía y bajaba, de poner pies en polvorosa.

—Verdaderamente—pensé, metiéndome en la cama—, su actitud no es nada terrible.

Pero mis manos y mis pies estaban fríos como témpanos. Y empecé a temblar como si tuviera calentura.

(Continuará).

CEDOC

El doctor a Monìn:
- ¿Te has tomado la medicina?
- No señor... Como dice la botella "Consérvese bien tapado" no he querido abrirlo.

Ruta
ofrenda de la F.I.J.L.ª a los niños

El profesor le pregunta a Kiko:
- ¿Es verdad que no todo lo que reluce es oro?
- Si señor, es verdad. Mis zapatos son de charol y relucen mucho.

LE PORC-EPIC ET DASSIE

(Continuación)

Quelque chose bougea près des buissons.

— Tiens, tu es là?

La girafle enchantée balança son long cou et revint en courant les autres firent de même.

— Tu n'es vraiment pas sportif, Porcy, dit Dassie, qu'est-ce qui te prend?

— Pourquoi me donner tant de peine? répliqua le petit animal aussi paresseux que vaniteux. Je puis me cacher mieux qu'aucun de vous, je le sais. cela suffit.

Les autres se mirent à rire et se moquèrent de ce fanfaron. Puis soudain, ils s'aperçurent que le zèbre manquait à l'appel.

— Serait-il si bien caché? demanda le hartebeest.

Mais il ne reparut pas et en y réfléchissant, ils se rendirent compte qu'ils ne l'avaient jamais vu auparavant. Pour tous, c'était un étranger.

— C'est curieux, remarqua l'antilope. Il est arrivé brusquement, nous a proposé le concours puis il a disparu.

C'était vraiment bizarre, ils en convirent l'un comme l'autre, sauf le porc-épic qui restait silencieux et ne semblait nullement intéressé.

Le soleil était haut dans le ciel à présent, et Dassie et son camarade décidèrent de regagner leurs terriers dans le kloof, ou plutôt Dassie le proposa et l'autre le suivit. Il trouvait moins fatiguant de laisser son ami réfléchir pour lui.

Ils venaient tout juste de franchir le bult — ou ravin — lorsqu'ils aperçurent un Hottentot vêtu d'une peau de léopard et portant des bracelets de petites calebasses remplies de minuscules cailloux. Accroupi, il aiguisait une pile de flèches sur une pierre ronde. Pendant qu'il travaillait, les bracelets cliquetaient et rythmaient la chanson qu'il fredonnait :

Ewewe 'Njarave 'Njarave Eveve
Njarave Njarave Eveve Njarave
Eveve Njarave Njarave Eve.

Lorsque le lapin et le porc-épic s'approchèrent, il leur jeta un coup d'œil mais n'interrompit pas son refrain.

— Môre, bonjours, dit Dassie remuant son petit bout de queue.

— Môre, répondit le Hottentot, tandis qu'il frottait énergiquement la pointe d'une flèche sur la pierre.

— Que fais-tu? demanda Dassie, le plus hardi.

Porcy l'avait poussé du museau pour l'inciter à parler, quelque chose l'intéressait enfin!

— J'aiguise mes flèches. Pourquoi cette question?

— Oh! pour rien. Qu'est-ce que des flèches?

— Oui... Qu'est-ce que... c'est? répéta lentement Porcy.

— Vous êtes bien curieux tous les deux.

L'homme leur jeta un regard sévère, particulièrement au porc-épic. Les flèches sont pour l'arc et l'arc sert à tirer. Le Hottentot se leva et mit une flèche à son arc. Les muscles de ses bras se contractèrent tandis qu'il tendait la corde faite de solide peau de daim.

Ping! la flèche alla s'enfoncer dans un tronc d'arbre à quelque cent mètres de là.

— Ça alors, c'est épatant! s'écria Dassie.

— C'est... facile..., dit le porc-épic.

— Ma foi oui, répartit l'homme. Vous savez tirer à l'arc?

— Oh non, répliqua Dassie.

— Bien sûr, dit le porc-épic.

— Bien sûr quoi? demanda le Hottentot. En êtes-vous capable, oui ou non?

— Mais j'en suis capable évidemment, répliqua Porcy, secouant la tête pour donner plus de force à son affirmation ou peut-être pour s'encourager à mentir.

— C'est vrai? demanda Dassie tout éberlué. C'est épatant, Porcy! Je ne te croyais pas aussi adroit. Le serais-tu autant que l'homme? Tu m'avais caché cela.

Le lapin était si franc qu'il ne pouvait soupçonner son camarade de dissimuler la vérité pour se vanter.

— Tiens, porc-épic, dit l'homme, prends toutes ces flèches; si tu sais tirer à l'arc, elles te seront utiles.

— Merci bien, dit Porcy acceptant tout joyeux et jetant le paquet sur son dos. Merci mille fois, j'en ferai bon usage. Il se tourna pour partir.

— Attends, il faut que je te demande quelque chose... L'homme lui barait le chemin et le regardait droit dans les yeux. Tu m'affirmes que tu sais tirer; si ce n'est pas vrai, porc-épic, dis-le honnêtement et ne me prends pas ces flèches, car elles me sont très nécessaires.

L'autre hésita un instant (il exerçait si peu son esprit qu'il était devenu lent). Puis il déclara délibérément :

— J'ai dit que je savais tirer, donc j'en suis CAPABLE.

— Avant de t'en aller fais-moi voir si tu peux toucher ce wag'n-bietje comme moi tout à l'heure.

— Pourquoi... donc?... Les yeux de Porcy lancèrent des éclairs de rage. Vous me fatiguez tous les deux. Puisque je sais que je le puis, pourquoi gâcherais-je une flèche? Si tu veux que je te les rende dis-le tout...

Mais il n'acheva pas sa phrase car le Hottentot avait disparu.

— Tu l'as... vu... partir... Dassie?

— Mais non, Porcy... Je... non. Il était là, puis tout à coup il n'y était plus!

Un peu déconcertés, ils descendirent le bult en courant, le porc-épic trainant le paquet de flèches sur son dos.

Comme ils approchaient du kloof. Dassie aperçut dans le ciel une tache noire qui grandissait à vue d'œil.

— Lammervanger! cria - t - il. Porcy, c'est un lammervanger! Sauve-toi, vite, vite!

Il disparut dans un trou. Lammervanger vola très bas sur le karoo et saisit le porc-épic avec ses flèches dans ses serres puissantes. Le vent sifflait aux oreilles de la petite bête, tandis qu'elle était emportée ainsi à travers l'espace, toujours plus haut, toujours plus haut, tout au sommet des krans où ni lui, ni Dassie n'avaient jamais osé se risquer. Le vautour le lâcha doucement sur une roche arrondie et se posa à ses côtés.

Porcy allait parler lorsqu'à sa grande stupéfection, le lammervanger commença à se rapetisser, à se recroqueviller... puis il se transforma en cet insecte qu'on appelle la mante religieuse, mais que les Afrikanders nomment Hotnots-got, car c'est le dieu des Hottentots. La mante s'adressa au porc-épic d'une voix douce, mais ferme.

— Jeune animal, dit-elle, tu m'as infiniment déçue car en un seul jour tu t'es montré :

vaniteux
fanfaron
stupide
paresseux
menteur.

La liste est longue pour un seul individu, n'est-ce pas? Et comment suis-je si bien informée, tu te le demandes sans doute? Tu m'as vu plusieurs fois aujourd'hui. Rappelle-toi l'autruche, c'était moi. Rappelle-toi le zèbre, c'était moi. Rappelle-toi le chasseur hottentot, c'était moi, et le lammervanger qui t'a amené ici, c'était moi également.

Le porc-épic restait immobile, boudant en silence et bien ennuyé.

— Tu as pris ces flèches en payant d'un mensonge, continua le Hotnots-got. Maintenant, tu paieras pour ce mensonge en les portant toujours sur ton dos. Tu étais trop paresseux pour réfléchir, tu resteras stupide. Le cerveau ne se développe que si on le fait travailler. Tu as refusé de courir par jeu avec les autres, tu seras incapable de courir pour échapper à tes ennemis.

Le porc-épic cligna des yeux terrifié :

— Je serai tué tout de suite si je ne puis me défendre.

— Je veux bien n'être pas trop sévère parce que tu n'as fait de mal à personne, malgré tes défauts. Je veillerai donc à ce que tu sois protégé. Maintenant il faut partir.

Le Hotnots-got redevint lammervanger, emporta de nouveau Porcy à travers l'espace et le déposa au bas du ravin.

Lorsque Dassie l'aperçut, il arriva vite pour lui dire bonjour, mais recula aussi vite car le dos de son ami était garni de longues flèches aiguës et dangereuses.

— Enlève ces choses pointues de ton dos, Porcy, et allons dans notre terrier.

— Je ne peux pas m'en débarrasser, Dassie, Hotnots-got les a placées là pour toujours.

— Mais pourquoi? Tu seras incapable de courir avec ces lances pesantes...

— Cela s'appelle des piquants... Dassie.

— ... avec ces piquants, comment pourras-tu courir?

— Pourquoi, diable, se presser, Dassie? grommela le porc-épic.

— Mais Porcy, que feras-tu si le lammervanger t'aperçoit ou la panthère ou le lion?

— Oh! je n'ai pas peur, Hotnots-got se souviendra de sa promesse, répliqua Porcy, mais sa jours suivants, passant la majeur voix tremblait quelque peu.

Il vécut dans l'inquiétude les re partie de son temps à manger des pieds de lis ou à mâchonner l'écorce des grands sapins. Parfois il rassemblait en lui-même assez d'énergie pour aller jusqu'au marais salant. Il aimait tant le sel que cette promenade de quelques kilomètres ne coûtait pas trop à sa paresse.

Puis vint l'epreuve prouvant que le Hotnots-got avait tenu sa promesse. Un chacal affamé qui était jeune et inexpérimenté, aperçut le porc-épic se chauffant au soleil. Il se précipita sur lui en découvrant ses dents. Instinctivement la petite bête courba vite le dos et redressa ses piquants en cachant sa tête nue entre ses pattes de devant, tandis qu'elle levait une queue manaçante hérissée d'aiguillons. Le chacal claqua des mâchoires, croyant attraper sa proie et se sauva en hurlant de douleur, la queue entre les jambes et la gueule traversée de pointes. A présent, le porc-épic se rendait compte qu'il était bien protégé, le Hotnots-got ne l'avait pas trompé. Il reprit courage, confiance en lui-même et goût à l'existence.

Cependant il y avait bien des jours où il enviait Dassie en le voyant courir sur les bords moussus du spruit. Il aurait donné gros pour en faire autant et se serait volontiers débarrassé de ces armes qu'il portait sur son dos, afin de bondir et jouer librement parmi les fougères.

Lorsque Dassie venait le trouver tout essoufflé en disant : « Oh! Porcy, comme je voudrais que tu puisses prendre part au concours de saut avec les grenouilles cet après-midi! » Il répondait maussade : « Pourquoi diable se donner la peine de sauter? » et il rabattait ses piquants avec nonchalance, tandis que Dassie lui disait adieu en remuant son petit bout de queue.

Toutefois en le regardant s'éloigner, il sentait une boule qui lui barrait la gorge comme si un de ses piquants s'était mis en travers.

— Koos... Nettie nous a fait du café, il t'attend dans la cuisine.

La voix du Baas fit plaisir au vieux berger. Il se leva et posa l'agneau qui partit en boitillant vers le kraal. Koos souriait car il se sentait toujours de bonne humeur après avoir raconté une histoire.

(Continuará).

LAS AVENTURAS DE NONO

EL TRABAJO DE AUTONOMIA

(Continuación)

Bañados, secos, vestidos y cada cual con más ánimos que un Sansón se dirigieron a desayunar al comedor, donde se les sirvió leche, chocolate o café.

Biquette trajo de la cocina una chocolatera llena de suculento chocolate, de la que llenó una gran taza y dijo a Nono:

—Toma; lo hemos preparado especialmente para ti.

—Y he aquí excelente galleta bien untada de manteca,—le dijo Delia, que hacía rato se dedicaba a preparar aquellas apetitosas tostadas.

Nono dió gracias a todos y se desayunó con buen apetito, mientras que los demás hacían otro tanto.

Satisfecha aquella necesidad, se dispersó la bandada. Mab tomó a Nono por la mano y lo llevó hacia los establos; pero las vacas ya habían salido a pastar.

Al atravesar los establos Mab hizo observar a su compañero la limpieza que en ellos dominaba, tan diferente de lo que en este punto recordaban haber visto en los campos de los países de donde procedían, sombrías, sucias y mal olientes.

Grandes salas, perfectamente iluminadas, cuyo pavimento lo formaban anchas y bien unidas losas, con ligera pendiente para conducir los líquidos a los canalículos que los arrastran al exterior; sólidas separaciones formadas de planchas de corte elegante, para separar cada animal, donde se mueven cómodamente pesebres llenos de heno; una capa de paja fresca renovada con frecuencia; una bonita placa de mármol en cada sitio con el nombre de su locatario... tales eran los establos de Autonomia.

—¿Ves qué bien alojados tenemos nuestros animales?—hizo observar Mab. —Este es el pesebre de mi preferida, de mi Blanquita. ¿Ves su nombre aquí? Vamos al prado a buscarla.

Atravesando el establo, abrieron una gran puerta que daba al prado donde pacían y se solazaban tranquilamente las vacas.

Algunos autonomianos se dedicaban en ordeñarlas.

—He aquí mi Blanca,—dijo Mab, corriendo hacia una de ellas, que lanzó alegre mugido al ver a su amiguita, quien pasando sus brazos alrededor de su cuello le besó el hocico. — Mira qué limpia es. Somos compañeras y no olvida nunca que siempre le traigo golosinas.

Diciendo esto, Mab sacó del bolsillo un puñado de sal que el animal saboreó con delicia. Después, tomando un banquillo y un tarro, la niña se dispuso a ordeñar la vaca.

Al cabo de un momento de ejercicio, propuso a Nono que ordeñase a su vez.

Nono ocupó su lugar, pero sus inexpertos dedos, sirviendo mal a su voluntad, no consiguieron extraer una sola gota de leche, con gran disgusto, porque al ver la facilidad con que Mab la hacía caer al tarro le pareció una operación sencillísima.

No obstante, a fuerza de ensayos y de explicaciones de su amiguita, llegó a sacar algunas gotas, lo que causó gran alegría a los dos niños, como si hubiesen realizado una maravilla, y Nono, que comenzaba a desanimarse, adquirió nuevos ánimos; pero Mab ocupó nuevamente su sitio y no se movió hasta llenar el tarro.

Nono, a quien no gustaba el papel de espectador, se puso a coger flores de las infinitas que esmaltaban la pradera, y habiendo hecho una gran recolección, tuvo la idea de dar una sorpresa a sus amigas Mab y Delia, que tan complacientes habían sido para él, y al efecto se instaló a la sombra de un hermoso nogal, y con las flores recogidas trenzó hermosas guirnaldas combinando los colores de la manera que le pareció más harmónica.

Terminaba la segunda guirnalda y comenzaba una tercera, cuando al levantar la vista vió a Mab que le contemplaba.

—¿Qué haces?—le preguntó.—Para quién son esas hermosas guirnaldas?

—Hay una para ti—respondió Nono, arreglándosela sobre sus cabellos.

—¡Para mi esta bella guirnalda?—exclamó Mab poseída de alegría, corriendo a mirarse en un arroyo que corría al borde del prado. Después volvió diciendo:—Necesito besarte.—Y aplicó dos fuertes y sonoros besos en las mejillas de Nono.

—Esta,—dijo Nono, mostrando la que acababa de terminar,—es para Delia, la otra para Biquette.—Y colocándolas en su brazo para que no se estropeasen, fué a buscar el tarro de Mab para llevarlo a la lechería. Luego fueron a buscar a sus dos amiguitas.

Fueron al jardín y en él encontraron a Hans que, con algunos otros compañeros, cavaban en un sitio apartado donde se proponían efectuar algunos experimentos.

Habían leído en un tratado de jardinería que injertando árboles de la misma especie se podían obtener frutos diferentes sobre el mismo tronco y rosas de distintos colores sobre el mismo tronco y rosas de distintos colores sobre un mismo rosal, y deseosos de asegurarse del hecho, querían hacer plantaciones de las especies que se proponían injertar. Nono admiró el ardor con que removían la tierra, cavando, ahuecando y preparando los abonos que se les había indicado como más concenientes para los efectos que se proponían experimentar.

Hans ignoraba dónde se encontraba Biquette y Delia.

Nono y Mab fueron más lejos, y encontraron a Biquette en uno de los invernaderos, cuidando de las plantas que allí se cultivaban.

A la vista de la hermosa guirnalda que se le dedicaba Biquette aplaudió y saltó de alegría. Todas sus compañeras dejaron su trabajo para venir a admirarla también, y Nono se comprometió a enseñarles a fabricarlas.

Interrogada sobre el punto donde se encontraría Delia, Biquette aseguró que se la hallaría en la parte del jardín dedicada al cultivo de granos.

Mab y Nono se dirigieron corriendo al sitio indicado, y encontraron a Delia con un pincel en la mano, tomando un polco amarillento que muchos de vosotros habréis visto en las flores cuando están completamente abiertas. Con ese mismo pincel Delia tocaba el cáliz de otras flores diferentes.

—¿En qué te entretienes?—preguntaron Mab y Nono con curiosidad.

Delia respondió que su profesor botánico les había explicado que casando ciertas plantas entre sí se obtenían granos de una especie diferente de formas y de colores, que es lo que se llaman híbridos.

Y como Nono no entendía una palabra, porque jamás en su vida había abierto un libro de historia natural, Delia le explicó cómo se forma el grano en las flores.

—Este polco que recojo, —dijo—, sale de una bolsita llamada antera, y es recogido por otra parte de la flor que se llama estigma; ordinariamente los dos órganos se hallan en la misma flor, pero hay ciertas especies en que se hallan sobre pies separados.

En el primer caso la planta se dice que es hermafrodita, en el segundo, los pies que tienen las anteras se denominan machos y los que recogen el polvo son hembras, y son estos los que producen el grano.

El estigma conduce los granos de polco amarillo que ha recogido en un glande que se llama ovario, y allí se engrosan mientras engrosa también el órgano que los ha recogido. Así se forman las frutas como las peras, las manzanas; las petitas del interior son el grano producido por los granitos de polco amarillo.

En estado libre los insectos que vienen a buscar alimento en las flores prestan ese servicio, transportando ese polco amarillo de una flor a la otra. Aquí Delia con su pincel reemplazaba a los insectos, sólo que en lugar de llevar el polco amarillo llamado polen a flores idénticas, lo llevaba a flores de géneros diferentes con el propósito de crear una nueva variedad.

(Continuará).

¿Qué has aprendido hoy en la escuela?
- ¡La manera de salir de clase sin que el profesor se entere!

La discordia de los relojes

CONVIDADOS estaban a un banquete
Diferentes amigos, y uno de ellos
Que, faltando a la hora señalada,
Llegó después de todos, pretendía
Disculpar su tardanza, ¿Qué disculpa
Nos podrás alegar? (le replicaron):
El sacó su reloj: mostróle, y dijo:
¿No ven ustedes cómo vengo a tiempo?
Las dos en punto son.—¡Qué disparate!
(Le respondieron): tu reloj atrasa
Más de tres cuartos de hora.—Pero, amigos,
(Exclamaba el tardío convidado)
¿Qué más puedo yo hacer que dar el texto?
Aquí está mi reloj... Note el curioso
Que era este señor mío como algunos
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus relojes en apoyo
De la verdad. Entonces advirtieron
Que uno tenía el cuarto, otro la media,
Otros las dos y veintiseis minutos,
Este catorce más, aquél diez menos:
No hubo dos que conformes estuvieran.
En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero a la astronomía cabalmente
Era el amo de cara aficionado;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado a una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos.
Con lo cual puso fin a la contienda.
Y concluyó diciendo: «Caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una».

EL RICOTE ERUDITO

HUBO un Rico en Madrid (y aun dicen que era
Más necio que rico),
Cuya casa magnífica adornaban
Muebles exquisitos.
¡Lástima que en vivienda tan preciosa,
(Le dijo un amigo)
Falte una librería! bello adorno,
Útil y preciso.
Cierto (responde el otro) ¡Que esa idea
No me haya ocurrido!...
A tiempo estamos. El salón del norte
A este fin destino.
Que venga el ebanista y haga estantes
Capaces, pulidos,
A toda costa. Luego trataremos
De comprar los libros.—
Ya tenemos estantes. Pues ahora
(El buen hombre dijo),
¡Echarme yo a buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!
Perderé la chabeta, saldrán caros.
Y es obra de un siglo...
Pero ¿no era mejor ponerlos todos
De cartón fingidos?
Ya se ve: ¿por qué no? Para estos casos
Tengo un pintorcillo
Que escriba buenos rótulos, e imite
Pasta y pergamino.
Manos a la labor. Libros curiosos,
Modernos y antiguos,
Mandó pintar, y a más de los impresos,
Varios manuscritos.
El bendito señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que, aprendiendo los rótulos de muchos,
Se creyó erudito.
Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian
Títulos de libros,
Sin con fingidos de cartón pintado
Les sirven lo mismo?

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General CEDOC